

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



USTED NO ES PELIGROSA

Edición de Berta Muñoz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Usted no es peligrosa”:
Berta Muñoz Cáliz.

USTED NO ES PELIGROSA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid, la noche del 22 de octubre de 1954, con el siguiente

REPARTO

<i>Marta</i>	ISABEL GARCÉS
<i>Felisa</i>	IRENE CABA ALBA
<i>Aurora</i>	MARÍA LUISA PONTE
<i>Pepita</i>	IRENE GUTIÉRREZ CABA
<i>Dorotea</i>	RAFAELA APARICIO
<i>Fernando</i>	ANTONIO CASAS
<i>Primitivo</i>	MARIANO AZAÑA
<i>Manolito</i>	ERASMO PASCUAL

Decorado de Redondela.

ACTO PRIMERO

En Madrid. Interior en un piso pequeñísimo de una casa moderna próxima al paseo de Rosales. La habitación está decorada de un modo atrevido y caprichoso. Una mano de artista ha ordenado, en gracioso desorden, unos cacharros, unos cuadros vanguardistas y muchos, muchísimos libros...

Al fondo, puerta de entrada que, al abrirse, deja ver una buena parte del rellano de la escalera. Al fondo también, en ángulo con la pared de la derecha, se inicia un pasillo que, en recodo, se pierde por este lateral. Y en este mismo lado, un gran ventanal apaisado que da a un patio con las paredes revestidas de ladrillos. A la izquierda, dos puertas iguales.

Pocos muebles, muy originales. Hacia la derecha, algo en diagonal, un gran sofá con almohadones. Delante, una mesita con teléfono. En la izquierda, dos sillones.

Luz alegre y descarada de una mañana de primavera.

(Cuando se levanta el telón no hay nadie en escena. Pero, pronto, por la segunda puerta de la izquierda, surge Felisa. Es una criada, ya de cierta edad, que, por las trazas, pertenece al viejo régimen doméstico. Lleva en las manos una bandeja con el servicio de un desayuno que ya ha sido consumido. Muy decidida, desaparece con su bandeja por la primera puerta de este lateral. Y la escena queda sola otra vez. En seguida vuelve a aparecer Felisa, ya sin la bandeja, que cruza muy resuelta, se planta ante el ventanal y llama a alguien que, naturalmente, no se ve)

FELISA.—¡Chiss! Venga. Sí, sí, usted. Venga, venga...

(Se aparta de la ventana, y marcha hacia la puerta de la escalera. Abre y espera. Pronto, en el rellano, surge la figura de Marta. Marta viste bien. Pero castísimamente. De ella emana algo como un casi infantil y tímido candor. Usa gafas)

MARTA.—¿Me llamaba usted?

FELISA.—Sí, señorita. Pase, pase la señorita...

MARTA.—Pero, ¿usted cree que es correcto?

FELISA.—(*Muy campechana*) Vamos, vamos. Si sabré yo que, desde hace tiempo, la señorita se pasa horas y horas quietecita en su ventana, mira que mira hacia aquí...

MARTA.—Verá (*Muy ruborizada*). Es que como vivo en el cuarto de al lado...

FELISA.—(*Se ríe tan campante*) Quite, quite. Lo que pasa es que como este cuarto tiene mala fama en la vecindad, la señorita está muerta de curiosidad. Como todas las señoras de la casa. Pero yo se lo voy enseñando a todas siempre que tengo un ratito. Ayer estuvo aquí la del segundo, la del juez. Y para mañana tengo citada a la del ingeniero, que vive en el ático. Hoy le toca a la señorita...

MARTA.—(*Agradecida*) Muchas gracias.

FELISA.—De nada, de nada. Aprovechese. Si la curiosidad es muy natural. Si es que en una casa como esta, donde todos los vecinos son gente de orden, este piso, que es todo lo contrario, resulta casi, casi un museo... Entre, entre la señorita y figue todo lo que quiera. (*Marta avanza casi de puntillas y Felisa cierra la puerta de la escalera*) A mí me es muy simpática la señorita. Me da un gusto verla todas las mañanas cuando sale hacia Rosales con los niños...

MARTA.—Son mis sobrinitos. (*Sonriendo*) Felipín, Tanito y Pachín. Son hijos de una hermana que murió hace dos años. Mi cuñado me los ha confiado a mí para que yo los cuide. ¿Comprende? Pero son más listos los tres... (*Orgullosísima*) Ya juegan al fútbol.

FELISA.—¡Qué talento!

MARTA.—Mucho... Es que los niños de ahora salen muy despiertos. (*Sonríe con ternura*) Son tres demonios. Pero como soy soltera y vivo tan sola me hacen compañía...

FELISA.—¿Es que la señorita es enemiga del matrimonio?

MARTA.—¡Uy! ¡Qué va! Por mí... pero ya ve.

FELISA.—Vaya, vaya. ¡Pobrecita!

(*Marta da unos pasos, mira en torno y sonrío casi en éxtasis*)

MARTA.—¡Qué bonito! Pero qué bonito es todo...

FELISA.—¿Le gusta?

MARTA.—Muchísimo. Es una preciosidad... (*De pronto*) ¿Y esa puerta?

FELISA.—(*Bajo*) La alcoba.

MARTA.—¡Ah! (*Impresionada*) ¡Su alcoba!

FELISA.—Sí...

MARTA.—No se oye nada. ¿Es que no se ha despertado todavía?

FELISA.—Sí, señorita. Ya hace un ratito...

MARTA.—(*Sobresaltadísima*) ¡Ay, Dios mío! Entonces, ¿qué hago yo aquí? ¿Qué pensará si sale y sorprende en su casa a la vecina del piso de al lado?

FELISA.—¡Chiss! No hay cuidado. Ahora, después del desayuno, se vuelve a dormir. Y luego, se mete en el cuarto de baño...

MARTA.—¿Tarda mucho en arreglarse?

FELISA.—¡Huy! Todas las mañanas se pasa un par de horas delante del espejo. Y el día que toca masajista y manicura, para qué le voy a contar...

MARTA.—(*Comprensiva*) Es que los hombres son así... Ya se sabe. (*Un pequeño silencio. Marta sigue mirándolo todo. Se sienta en el sofá y acaricia suavemente los almohadones*) ¿Es aquí donde escribe esas novelas tan bonitas que siempre acaban mal?

FELISA.—No, señorita. Escribe en el despacho. En esta habitación es donde recibe a las señoras y ahí les hace la escena del sofá...

(*Marta, sofocadísima, se pone en pie casi de un salto*)

MARTA.—¡Jesús!

FELISA.—¿Se ha asustado la señorita?

MARTA.—Un poquito. Como me lo ha dicho usted así de pronto... (*Se queda mirando el sofá con muchísimo recelo. Luego se vuelve a Felisa*) ¡Pobre mujer! La de cosas que habrá usted visto en esta casa...

FELISA.—¡Ca! No crea. No tengo suerte...

MARTA.—¡Ah! ¿No?

FELISA.—(*Con cierta indignación*) ¡No veo nada! Como yo solo vengo por las mañanas y el señorito recibe por las tardes... Yo distingo a las señoras que visitan al señorito por las cosas que se dejan olvidadas. Que si unos guantes, que si un bolso, que si un zapato...

MARTA.—¿Un zapato?

FELISA.—Sí, señorita. El marido que se presentó de pronto y resultó que no lo sabía...

MARTA.—(*Con horror*) ¡Qué poca vergüenza! Pero, ¿todas son iguales?

FELISA.—¡No! Todas, no. Las hay de muy buena familia...

MARTA.—(*Con sincerísima desesperación*) ¡Dios mío! Pero, ¿usted cree que esta es vida para un hombre como él? Un hombre como Fernando Carvajal, que es célebre, soltero, que todavía es joven, que es muy simpático... Porque a mí me resulta simpatiquísimo.

FELISA.—Ya. Ya se ve...

MARTA.—(*Ruborizadísima*) Y no vaya usted a creer que yo también estoy enamorada de él, como todas esas mujeres que le visitan. Quite usted, por

Dios. Eso, ni pensarlo. Pero si ni siquiera me conoce. Si no sabe que soy la vecina del piso de al lado. Si todavía no me ha mirado ni una sola vez cuando nos hemos encontrado en la escalera, en el portal o en el ascensor. Lo que pasa es que como la ventana de mi cuarto está tan cerquita de esta... Mire. Desde allí se ve casi todo lo que pasa en esta habitación. Y, claro, como además soy tan curiosa, pues los ratos que me dejan libres Felipín, Tanito y Pachín, que son malísimos y me lo rompen todo, me siento junto a la ventana con mi labor y me entretengo en fisgar un poquito. Y sé muchas cosas, ¿sabe usted? Sé hasta los trajes que tiene. Por cierto, tiene uno marrón con listas que está hecho una birria... Pero el pobrecito no se da cuenta. Es más despistado. (*Sonríe*) Compra muchos discos de música clásica. Pero no le gustan. Lo que a él le vuelve loco es «Las muchachas de la Plaza de España».¹ Como a todo el mundo. Sé a la hora que se acuesta porque siempre estoy despierta hasta que apaga las luces. Y también me entero cuando recibe la visita de una de esas lagartonas. Porque entonces cierra la ventana y no me entero de nada... Pero cuando mejor lo paso es cuando sé que está solo y lo oigo ir de un lado para otro. Como estos tabiques son tan delgados, se oye todo y se entera una de todo. (*Con mucha ternura*) Es más embustero. Cuando llaman por teléfono siempre contesta diciendo que no está...

FELISA.—¡Pobrecillo! Las mujeres, que no le dejan vivir...

MARTA.—¡Quia! Son las facturas...

FELISA.—¡Ah!

MARTA.—Hay un sastre que le da unos disgustos... Como que ya me gustaría conocerle para decirle cuatro frescas. El muy grosero. No se da cuenta de que el pobre Fernando está muy mal de dinero estos días...

FELISA.—(*Atónita*) Pero, Dios mío, ¡la señorita lo sabe todo!

MARTA.—Casi todo. (*Muy confusa*) Como vivo en el piso de al lado...

FELISA.—¡Hay que ver! (*Muy enternecida*) Y todavía dice la pobre que no está enamorada...

MARTA.—(*Muy bajo. Sofocadísima*) ¿Se me nota mucho?

FELISA.—Una barbaridad.

MARTA.—¡Oh!

FELISA.—Pero si por eso he llamado a la señorita. Para que sepa que una servidora está dispuesta a ayudarla en lo que sea. Si es que a una se le parte el corazón de ver a la señorita horas y horas asomada a esa ventana, con los ojos abiertos de par en par, mirando hacia aquí. Porque lo que dice el portero...

1 Canción que en 1953 se había hecho muy popular gracias a la versión en forma de bolero del cantante chileno Lucho Gatica.

MARTA.—(*Aterrada*) Pero, ¿lo sabe el portero?

FELISA.—Sí, señorita. Se lo ha dicho la cocinera del segundo...

MARTA.—¿Y quién se lo ha dicho a esa cocinera?

FELISA.—La señora del primero.

MARTA.—¡Dios mío! (*A punto de llorar*) Entonces, lo saben todos los vecinos...

FELISA.—Todos, todos menos los ingleses del quinto. Pero ya se sabe que los ingleses siempre se enteran después...

MARTA.—¡Qué vergüenza!

FELISA.—(*Conmovida*) ¡Señorita! ¿Va usted a llorar?

MARTA.—¿Cómo no voy a llorar? De rabia y de coraje. ¡Soy el hazmerreír de la vecindad! Pero me tengo bien merecido todo lo que me pasa. Mire usted que enamorarme del vecino... Un día voy a hacer un disparate.

FELISA.—(*Asustada*) ¿Qué va usted a hacer?

MARTA.—Me voy a mudar de casa.

FELISA.—¿Sería usted capaz?

(*Marta suspira y niega humildemente con la cabeza*)

MARTA.—No... No podría. Necesito estar junto a él para hacerme la ilusión de que es algo mío. ¿Comprende? Ya sé que todo son imaginaciones. Pero si supiera usted qué feliz soy pensando que, en cualquier momento, puede necesitarme y yo estoy ahí, detrás de ese tabique, muy cerca, muy cerca. Porque estoy segurísima de que, con la vida que hace, cualquier día se verá metido en un conflicto...

FELISA.—¡Señorita! Si la señorita me guarda el secreto le diré que ese día ha llegado ya...

MARTA.—(*En pie. Con sobresalto*) ¿Qué dice? ¿Qué le ocurre a Fernando?

FELISA.—Algo muy gordo. De eso, estoy segura...

MARTA.—¡Ay, Dios mío! Cuente, cuente...

FELISA.—¡Chiss! Espere... (*Felisa se levanta, va hasta la puerta de la alcoba, escucha un segundo y vuelve*) Ayer recibió el señorito una carta de Valladolid.

MARTA.—¿De Valladolid?

FELISA.—No sé lo qué diría esa carta. Pero si sé que, después de leerla tres o cuatro veces, el señorito se puso muy nervioso. Se encerró en su alcoba y estuvo dando paseos toda la mañana de un lado para otro. Después escribió tres cartas y me mandó llevarlas. Esas tres cartas eran para tres señoritas que, en tiempos, han tenido que ver con el señorito...

MARTA.—(*Con espanto*) ¿Las tres?

FELISA.—Las tres.

MARTA.—¡Pobrecito! Cuando yo digo que eso no es vivir...

FELISA.—A las tres las conozco de oídas porque las tres han dado mucha guerra.
Una se llama Aurora, otra Pepita y otra Lola...

MARTA.—Aurora, Pepita y Lola. (*Con un mohín*) Pues no tiene nada de particular.
Lo que pasa es que los hombres se enamoran de muy poco...

FELISA.—Eso digo yo. Pero, ¿quiere usted saber más?

MARTA.—¡Yo quiero saberlo todo!

FELISA.—Pues en esas tres cartas el señorito citaba a las tres señoritas para hoy
por la mañana en esta casa...

MARTA.—¿Aquí?

FELISA.—¡Aquí!

(*Marta se ha puesto en pie muy excitada*)

MARTA.—Eso quiere decir que llegarán de un momento a otro...

FELISA.—Ya debían estar aquí.

MARTA.—¡Ah! Entonces tenemos que hacer algo. (*Muy decidida*) Venga usted
aquí. ¿Nosotras somos o no somos amigas?

FELISA.—Sí, señorita. (*Con entusiasmo*) ¡Amigas de toda la vida!

MARTA.—¿Cómo se llama usted?

FELISA.—¡Felisa! ¿Y usted?

MARTA.—Marta.

FELISA.—Pues tanto gusto...

MARTA.—¡Felisa! Óigame bien. Si lo piensa un poco, verá que usted y yo somos lo
único que Fernando tiene en este mundo...

FELISA.—Pues ahora me doy cuenta de que sí, señorita...

MARTA.—Por eso, si Fernando está en un apuro, nuestro deber consiste en no
abandonarle y hacer todo lo que sea por él. ¡Felisa! Es preciso que se entere
usted de todo lo que pase hoy en esta casa. Y si es preciso, me llama. Escuche.
Cuando lleguen esas tres...

(*Suena un timbre en la puerta. Marta y Felisa se sobresaltan*)

LAS DOS.—¡Ay!

FELISA.—¡La primera!

MARTA.—(*Turbadísima*) ¡Ave María Purísima! ¿Qué hago yo ahora?

FELISA.—No se asuste. Puede usted salir por la escalera interior...

MARTA.—¡Ay, sí! Vamos, vamos. (*Marchan hacia la primera puerta de la izquierda. De pronto, Marta se detiene*) ¡Felisa! Acuérdesese. Que el pobrecito no tiene a nadie más que a nosotras...

FELISA.—¡Sí, señorita! (*Desaparece Marta. Felisa se la queda mirando enternecida*) ¡Pobrecilla! Es un ángel de Dios... (*Va a la puerta del fondo y abre. En el rellano de la escalera aparece Aurora. Es una mujer muy vistosa, estrepitosamente bien vestida*) Buenos días, señorita.

AURORA.—(*Airada*) ¡Quítese de en medio!

FELISA.—¡Jesús!

AURORA.—¿Dónde está ese granuja? ¿Dónde está? (*Avanza como una tromba y se detiene en el centro de la estancia recorriéndolo todo con los ojos*) ¡Oh! El mismo sofá. Y la radio. Y ese trasto. Y los cuadros que me ponían nerviosa. ¡Maldita sea mi estampa! Está todo igual.

FELISA.—¡Je! ¿Hace mucho que no viene por aquí la señorita?

AURORA.—Desde 1951...

FELISA.—Entonces, debe ser de las primeras...

AURORA.—(*Irónica*) ¿Usted cree? Yo soy Aurora Córdoba. Supongo que me conocerá de nombre.

FELISA.—Me parece que sí. ¿Es usted artista?

AURORA.—¡Ea! Eso dicen...

FELISA.—Oiga. ¿Y cuál es su arte?

AURORA.—(*Muy bien plantada*) ¡Cante y baile español!

FELISA.—¡Se le nota!

AURORA.—¿De veras?

FELISA.—¡Digo! No hay más que verla...

AURORA.—Antes cantaba tangos y boleros y cosas así, muy espirituales, que es lo mío. Pero, como todos dicen que tengo algo de belleza española, cambié de género. En confianza, a mí esto de la belleza española me revienta... Pero hay que vivir.

FELISA.—(*Sinceramente*) ¡Pobre!

AURORA.—Ahora trabajo en «El Molino», esa sala de fiestas que han puesto en la Gran Vía. Salgo en el «show». Pero antes, tengo un número para mí sola con todos los focos...

FELISA.—¡Qué suerte!

AURORA.—Gusto mucho, ¿sabe? Al público fino, naturalmente. Ya dice la propaganda que soy la artista preferida de las señoras... (*Transición. De pronto, coge un cacharro de cualquier parte y lo estrella contra el suelo*) ¡Maldita sea mi sombra!

FELISA.—(*Con susto*) ¡Ay, señorita!

AURORA.—Si no sé por qué estoy aquí. Si lo veo y no lo creo. Si, por volver a esta casa, después de lo que me hizo, merezco que me estén llamando tonta toda la vida... (*Indignadísima*) Granuja, golfo, mal hombre.

(*Timbre en la puerta. Aurora enmudece*)

FELISA.—¡Otra!

AURORA.—(*Ceñuda*) ¿Cómo?

FELISA.—¡Claro! Como son ustedes tres las que están citadas... Esta es la segunda.

AURORA.—¿Dice usted que tres? (*Indignada*) Pero esto es el colmo. ¿Qué es lo que se propone?

(*Mientras, Felisa ha abierto la puerta y en el umbral aparece Pepita. Es una muchacha tímida, paradita, alicorta. Muy bonita y muy bien arreglada*)

PEPITA.—Buenos días. (*Entra muy despacito. Mira en torno con muchísimo recelo. De pronto, su mirada cae sobre el sofá. Y se echa a llorar desconsoladamente*)
¡Ay, Dios mío!

AURORA.—¡Oh!

FELISA.—(*Casi maternal*) Vamos, señorita. Ea, ea, ea...

PEPITA.—Ustedes dispensen. Pero es que cuando se vuelve aquí después de tanto tiempo le hace a una un efecto... No se puede remediar.

AURORA.—¡Digo! Dígamelo usted a mí...

PEPITA.—¡Ah! ¿Usted también?

AURORA.—Claro, hija... ¿De qué época es usted?

PEPITA.—De 1952...

AURORA.—¡Vaya! La siguiente...

PEPITA.—¿De verdad? (*Muy contenta*) Entonces, ¿usted es la anterior?

AURORA.—¡Ea!

PEPITA.—¿Aurora Córdoba?

AURORA.—¡Sí!

PEPITA.—¿La del folklore?

AURORA.—¡Esa! (*Muy digna*) ¿Qué pasa con el folklore?

PEPITA.—¡Ay, qué alegría conocerla! Pero qué guapa y qué simpática es usted, Aurora...

AURORA.—Mujer... (*Casi enternecida*) Usted tampoco está mal.

PEPITA.—¡Huy! ¡Pobre de mí!

AURORA.—Vamos, vamos. No se rebaje. ¿Cómo se llama usted?

PEPITA.—Pepita, para servir a ustedes.

FELISA.—¡Qué bien educada está!

AURORA.—¡Y qué fina es! ¡Ay! Con lo que a mí me chifla todo lo fino... Venga usted aquí. (*Muy cariñosamente se lleva a Pepita al sofá. Las dos están encantadas*) Oiga. ¿Sabe usted que así, de primeras, parece usted una estudiante?

PEPITA.—¡Toma! Pero si lo soy...

AURORA.—¿De veras?

PEPITA.—¡Claro! Yo soy una intelectual. Cuando conocí a Fernando estudiaba Medicina. Pero a Fernando no le gustaba esa carrera y empecé Derecho. Después, al terminar con Fernando, tuve un novio militar que les tenía manía a los abogados. Y me matriculé en Farmacia. Ahora estudio Arquitectura...

FELISA.—¿Otro novio?

PEPITA.—(*Ingenua*) ¡Claro!

FELISA.—¡Me lo estaba figurando!

PEPITA.—¿Qué va a hacer una? Si, después de todo, como decía Fernando, una está hecha para el amor. (*Satisfechísima*) ¿Verdad que es una frase muy profunda?

AURORA.—La mar... (*Con ceño*) Oiga. ¿Y de mí qué decía?

PEPITA.—¿De usted? (*Con mucha inocencia*) Pues decía que se había enamorado de mí porque yo soy todo lo contrario que usted. Como se ve en seguida que yo soy una señorita...

(*Aurora se pone en pie casi de un salto*)

AURORA.—¡Huy!

FELISA.—(*Asustada*) ¡Cuidado!

AURORA.—La bofetada que le voy a dar a este arquitecto...

PEPITA.—¡Ayyy!

FELISA.—¡No! Eso, no...

AURORA.—¡Déjeme! ¡Maldita sea! ¡Que se largue! ¡Que yo no la vea!

PEPITA.—¡Ay, no! Eso sí que no. Porque, para que usted se entere: si estoy aquí es porque Fernando me ha llamado...

AURORA.—Conque la ha llamado, ¿eh?

(*Timbre en la puerta. Todas se callan y se inmovilizan instantáneamente*)

TODAS.—¡Oh!

FELISA.—La que faltaba. ¡Esta es Lola!

(Aurora y Pepita se revuelven irritadas)

AURORA.—¿Lola? Pero, ¿también ha citado a Lola?

PEPITA.—¿Cómo? ¿Esa mujer aquí?

FELISA.—¿Es que las señoritas conocen a Lola?

PEPITA.—¿Quién no conoce a Lola?

AURORA.—¡Que si la conozco! Un poquito. Una vez, hace tiempo, cuando Fernando y yo estábamos en relaciones, Lola y yo nos encontramos en la calle de la Reina. Empezamos a charlar de esto y de lo otro y, lo que pasa: terminamos tirándonos del pelo... Pero podemos seguir ahora. Estamos entre amigas.

FELISA.—*(Con terror)* ¡Virgen Santísima!

AURORA.—*(Ya dispuesta)* ¡Abra!

FELISA.—¡Señorita!

AURORA.—*(Furiosa)* ¡Le digo que abra!

(Abre Felisa. Y ante el asombro de las tres mujeres, quien aparece en la escalera es don Primitivo. Un señor de bastante edad, de aspecto inofensivo, que viste algo anticuado y con muchísima solemnidad)

PRIMITIVO.—Buenos días.

TODAS.—¡Oh!

(Cortésmente avanza el recién llegado, quitándose el sombrero. Ellas le miran estupefactas)

FELISA.—¡Caballero! ¿No se habrá usted equivocado de piso?

PRIMITIVO.—*(Mirándola casi con ternura)* ¿Cómo voy a equivocarme, buena mujer? Andaría por esta casa con los ojos cerrados... *(Mira aquí y allá y sonrío. Sus ojos lo recorren todo. Un silencio fugacísimo. Las tres mujeres se miran entre sí con alarma)* Todo está igual. Parece que no ha pasado el tiempo... *(Sonríe)* Con permiso de ustedes. Yo soy muy curioso. Voy a dar una vueltecita por ahí para ver si ha hecho reformas...

(Marcha hacia el fondo y desaparece por el recodo del pasillo. Felisa, Aurora y Pepita están atónitas)

AURORA.—¡Mi madre!

PEPITA.—¡Ay, ay, ay!

FELISA.—¡Toma! Para mí que este señor también tiene aquí muchos recuerdos...
Yo no me atrevo a dejarlo solo.

(Marcha Felisa en pos de don Primitivo. Quedan solas Aurora y Pepita)

AURORA.—¡No puedo más! *(Gritando)* ¡No puedo más! ¡Fernando! ¡Fernando!
¡¡Fernando!!

(Se abre la puerta de la alcoba –segunda de la izquierda– y asoma la cabeza de Fernando. Este tiene quizá alguno menos o alguno más de los cuarenta años. Normalmente debe ofrecer un excelente aspecto. Pero lo cierto es que esta mañana aparece bastante alicaído. Tiene un impresionante aire de indiferencia y de desmayo. Lleva de cualquier modo una bata de seda y un pañuelo al cuello. No se ha afeitado todavía y tiene el pelo en desorden. Ve a Aurora y avanza hacia ella muy conmovido)

FERNANDO.—¿Quién llama? ¡Oh, Aurora!

AURORA.—¡No te acerques!

FERNANDO.—Pero, mujer...

AURORA.—¡Largo!

FERNANDO.—¡Oh! *(Un suspiro)* No has cambiado nada. Buenos días, Pepita. ¿Cómo estás?

PEPITA.—*(Emocionadísima)* ¡Fernando!

FERNANDO.—*(Muy paternal)* ¿Qué estudias ahora, hija mía?

PEPITA.—Arquitectura. *(Muy decidida)* Pero si no te gusta, me hago de Obras Públicas...

FERNANDO.—No, hija. Sigue, sigue con la Arquitectura, que parece que tiene porvenir. A lo mejor, un día haces otro monasterio del Escorial...

PEPITA.—¡Ay, no! Eso sí que no. Yo solo haré casitas pequeñitas, pequeñitas...

FERNANDO.—¡Oh! *(Emocionado)* ¿Has oído, Aurora? ¡Qué femenina es!

AURORA.—Mucho. Es muy rica...

PEPITA.—¡Ay, Fernando, Fernando! Te veo después de tanto tiempo. Me acuerdo de lo felices que hemos sido. Me veo otra vez en esta casa... y ya está.

FERNANDO.—¡Oh, no, no! Por favor. Ni lágrimas, ni reproches, ni añoranzas. No lo podría soportar.

(Y se deja caer desmayadamente en el sofá. Pepita acude solícita)

PEPITA.—¿Estás enfermo?

FERNANDO.—Peor. Estoy metido en un conflicto espantoso y solo una de vosotras puede salvarme. Por eso os he llamado a las tres. Pero, ahora que caigo, Lola no ha venido...

(En este instante asoma Primitivo por el pasillo)

PRIMITIVO.—*(Muy amable)* Con permiso...

(Aurora, Fernando y Pepita retroceden casi de un salto)

PEPITA.—¡Ayyy!

FERNANDO.—¡Caballero!

PRIMITIVO.—¡Je! Yo represento a Lola. Porque Lola, sintiéndolo mucho, ya no puede volver a esta casa...

AURORA.—¡Ay! ¿Y puede saberse por qué?

PRIMITIVO.—¡Señorita! Porque Lola se ha casado...

LOS TRES.—¿Cómo?

(Fernando, Aurora y Pepita, sorprendidísimos, avanzan y rodean a don Primitivo)

PEPITA.—¡Ay!

AURORA.—¿Que se ha casado Lola?

PRIMITIVO.—*(Muy risueño)* Sí, sí. Eso es.

FERNANDO.—¡Asombroso!

PEPITA.—Es increíble...

AURORA.—¡Lola casada! Pero si no puedo creerlo...

PEPITA.—Oiga. ¿Y con quién se ha casado?

FERNANDO.—Hombre, sí, dígalo. Tengo una curiosidad...

AURORA.—Ande, ande. Cuéntelo todo. Me gustaría conocer a ese mirlo blanco. ¿Quién es el marido?

(Primitivo los mira de uno en uno y sonrío muy halagado)

PRIMITIVO.—Pero si soy yo...

LOS TRES.—¡Oh!

(Los tres, Aurora, Pepita y Fernando, se quedan mirando boquiabiertos a don Primitivo)

FERNANDO.—*(Casi sin voz)* Usted...

PRIMITIVO.—*(Muy ufano)* El mismo, sí señor. Primitivo Lorente, servidor de ustedes. Lola y yo nos casamos hace ocho meses, quince días y *(mira el reloj)* veinte minutos. *(Muy estimulante)* ¿Qué? ¿Es que no va usted a darme la enhorabuena?

FERNANDO.—Con mucho gusto, sí señor...

PRIMITIVO.—Ea, ea. ¡A mis brazos!

(Fernando y Primitivo se abrazan con verdadera efusión, sobre todo por parte de este último. Pepita y Aurora, juntas al otro lado, a la izquierda, se miran con el natural asombro)

PEPITA.—¡Ay! Este señor debe ser extranjero...

AURORA.—¡Qué patriota es usted!

PRIMITIVO.—Vaya, vaya con el señor Carvajal. Con las ganas que tenía yo de conocerle. Porque yo soy muy curioso, ¿sabe usted? Usted no sabe la de disgustos que he tenido en mi vida por culpa de esta maldita curiosidad. Pero es que me puede, me puede. Y como, desde hace ocho meses que nos casamos, mi mujer y yo no hablamos más que de usted...

FERNANDO.—*(Muy prudente)* Bueno. Las mujeres siempre exageran...

PRIMITIVO.—¡Ca! Lola, no. Lola no dice más que la verdad. Pero lo cuenta todo con tanto detalle... Con decirle a usted que hace unos minutos, cuando entré en esta casa, tuve la impresión de que volvía a un sitio donde ya había estado muchas veces. Y de usted, no digamos. Usted no tiene secretos para mí. Conozco sus gustos, sus ideas. Todo. Y lo curioso es que, en lugar de guardarle a usted rencor, que sería lo natural, poco a poco, me he ido convirtiendo en un gran admirador suyo. Y le quiero, vaya si le quiero. Como que a veces no sé quién le quiere a usted más, si mi mujer o yo...

FERNANDO.—¡Señor Lorente! *(Conmovidísimo)* ¿Me da usted otro abrazo?

PRIMITIVO.—¡Encantado, hijo. Pero llámame Primitivo...

FERNANDO.—¡Primitivo!

PRIMITIVO.—¡Fernandillo!

(Se abrazan otra vez con calor. Desde el otro lado, Pepita y Aurora no pierden una sílaba)

AURORA.—¡Ea! Para que luego me digan a mí que el género español es lo que se lleva...

PRIMITIVO.—¡Querido Fernando! Lola se niega a venir a su casa. Dice que tiene que velar por su buen nombre. Porque usted no sabe, desde que nos casamos, Lola ha cambiado mucho. Se ha hecho de una rigidez en cuestiones morales... A mí me tiene frito.

PEPITA.—¡Ay! ¡Pobre señor!

AURORA.—¡Qué barbaridad!

PRIMITIVO.—Pero su carta era tan angustiada, tan alarmante. Cuando Lola me la dio a leer me entró una curiosidad... Además, se me presentaba la oportunidad de conocerle a usted personalmente, cosa que también me tenía loco. En resumen, que me decidí y que aquí me tiene usted... Como si fuera Lola. ¿Se hace usted cargo?

FERNANDO.—Hombre... Lo intentaré.

PRIMITIVO.—Entonces, hable de una vez. Porque la verdad es que no puedo más...

(Y se sienta en el sofá junto a Fernando, frotándose las manos con anticipada satisfacción)

FERNANDO.—Bien. Ahora no sé por dónde empezar...

AURORA.—*(Furiosa)* ¿Quieres decir lo que te ocurre?

PRIMITIVO.—Claro, hijo. Al grano, al grano...

FERNANDO.—Ante todo, quiero que sepáis que si acudo a vosotras, para que sea una cualquiera de vosotras la que me salve, es porque no olvido lo que cada una de vosotras ha sido para mí. En medio de una vida de amoríos y de aventuras estúpidas, vosotras sois las únicas que me habéis querido de verdad... ¿Te acuerdas, Aurora?

AURORA.—¡Cállate!

FERNANDO.—¿Te acuerdas, Pepita?

PEPITA.—¡Oh!

(Fernando vuelve la cabeza y va a decir algo. Pero ve a don Primitivo y se calla)

PRIMITIVO.—Yo me acuerdo de todo...

FERNANDO.—Gracias.

PRIMITIVO.—Siga, siga...

FERNANDO.—Pues bien. Lo que yo necesito es una mujer que esta noche se preste a aparecer ante todos como mi legítima esposa...

(Aurora, Pepita y Primitivo se ponen de pie al tiempo)

AURORA.—¡Fernando!

PEPITA.—¿Qué dices?

PRIMITIVO.—¡Demonio!

FERNANDO.—¡Sí! Eso es todo. Necesito aparentar que estoy casado durante unas pocas horas...

AURORA.—Pero, ¿a quién vas a engañar con esa farsa? En Madrid, te conoce todo el mundo...

FERNANDO.—No necesito una esposa para Madrid. Es para Valladolid.

PEPITA.—(Muy impresionada) ¡Dios mío! Ya no respeta ni Valladolid.

FERNANDO.—Escuchadme. Os he hablado alguna vez de mi tío Federico. Mi único pariente. Un pobre viejo caprichoso y solterón que hace algún tiempo se retiró del mundo y desde entonces vive recluido en su viejo palacio de Valladolid, en esa gran casa de la familia que yo ni siquiera conozco. El tío Federico es riquísimo y ya hace muchos años que hizo un testamento a mi favor... Me quiere como a un hijo. Pero la verdad es que no se siente orgulloso de mí. Le parece absurdo que yo sea un escritor. Y sobre todo, a él, que es un viejo solterón, lo que más le irrita de mí es mi resistencia al matrimonio. Me ha querido obligar por todos los medios a casarme. Pero yo me he negado siempre...

PEPITA.—(Indignadísima) ¡Dímelo a mí!

PRIMITIVO.—¡Silencio! (A Fernando, en vilo) Siga... No se pare.

FERNANDO.—Hace unos meses, recibí una carta de mi tío en la que me reprochaba este desorden, esta constante bohemia de mi vida y, por última vez, me insistía en que me casara a la mayor brevedad porque no se quería morir sin verme casado. Y hasta me amenazaba. Qué sé yo. Incluso me decía que me iba a desheredar. Yo recibí esa carta durante un viaje por Italia. (Nostálgico) Fueron unos días maravillosos. Nunca he sido tan feliz. Roma, Nápoles, Florencia... Una noche, en Venecia, casi sin pensar en lo que hacía, le escribí a mi tío una carta diciéndole que ya me había casado.

TODOS.—¡Oh!

PRIMITIVO.—¡Qué atrocidad!

FERNANDO.—Sí. Hice una locura. Pero aquella noche la vida era tan hermosa. Yo había bebido mucho y estaba muy alegre. Engañando a mi tío, casi, casi me pareció que cumplía con mi deber de hacerle un poco feliz... (Un suspiro) Pasó

el tiempo y no volví a acordarme de nada. Pero ayer recibí una nueva carta de mi tío en la que me dice que está muy viejo, que se siente muy enfermo y que quiere conocer a mi mujer antes de morir. Y nos espera esta noche a los dos en Valladolid... ¿Comprendéis ahora mi situación? Yo no puedo decirle a mi tío que le he engañado. Es un pobre anciano que me quiere como si fuera mi padre y tiene los días contados. Sería un crimen. Debo engañarle hasta el fin. Esta noche tengo que estar en Valladolid acompañado de una mujer...

(Se deja caer en el sillón, abatidísimo. Un silencio)

PRIMITIVO.—Caramba, caramba...

AURORA.—*(Recapitando)* De manera que me has llamado para que entre los dos engañemos a ese pobre señor...

FERNANDO.—Mujer... Es un engaño piadoso. Date cuenta de que no va a vivir mucho.

AURORA.—Eso es lo que quieres de mí. *(Indignadísima)* De modo que, cuando yo creía que me llamabas para querernos otra vez, para volver a empezar como si no hubiera pasado nada, tú lo que quieres es que te ayude en otra trapisonda. Y luego, el día de mañana, con los millones del viejecito en el bolsillo, si te he visto, Aurora, no me acuerdo, y a casarte de verdad con la primera señorita cursi que te pida un autógrafo. *(Furiosísima)* ¡Fernando! Tú eres un granuja...

FERNANDO.—¡Oh!

AURORA.—Un granuja. Un golfo. Un sinvergüenza. Y para que lo sepas de una vez, ¡conmigo no cuentas!

FERNANDO.—*(Desolado)* ¡Aurora!

AURORA.—¡Maldita sea! Pero, ¿qué hago yo aquí? ¿Por qué no lo rompo todo? ¿Por qué no le pego fuego a la casa?

PRIMITIVO.—*(Aterrado)* ¿Será capaz?

FERNANDO.—¡Huy! Ya lo intentó una vez...

PRIMITIVO.—Caramba, caramba...

(Aurora ha cruzado con todo aire la escena y ya está en el fondo, junto a la puerta)

AURORA.—Pero me voy. Da gracias a que soy la artista preferida de las señoras y me debo a mi público. Pero si me vuelves a llamar, si te vuelves a acordar de que me llamo Aurora Córdoba, te araño. Por estas...

(Y sale pegando un fantástico portazo. Un silencio. Fernando está en el sofá. Primitivo sigue paseando por el fondo, muy preocupado. Pepita acude muy cariñosa y se sienta junto a Fernando)

FERNANDO.—¡Oh!

PEPITA.—¡Fernando! No te disgustes. Esa mujer es una ordinaria. Te lo he dicho muchísimas veces...

FERNANDO.—*(Con esperanzas)* ¡Pepita! ¿Cuento contigo?

PEPITA.—Pues claro que sí... Oye. Se me ocurre una idea estupenda. Si tú lo que necesitas es una mujer, ¿por qué no nos casamos de verdad?

(Fernando se pone de pie muy asustado)

FERNANDO.—Pepita, hija, tú te quieres aprovechar... Y esto no está bien, ea. Además, no tenemos tiempo. Es esta noche cuando yo tengo que estar en Valladolid con mi esposa.

PEPITA.— Bueno... *(Optimista)* Quizá buscando una recomendación en la parroquia...

FERNANDO.—¿Qué estás diciendo?

PEPITA.—Pero, Fernando. Entonces, ¿qué es lo que quieres de mí? ¿Que yo me presente en Valladolid fingiendo que soy tu mujer? ¡Ah, no! Eso no es decente. Yo soy una señorita...

FERNANDO.—*(Muy cargado)* Pepita, mujer...

PEPITA.—¡Soy una señorita! Lo dice todo el mundo. Y no puedo prestarme a esa mentira. ¿Qué diría de mí la gente? ¿Qué dirían en Valladolid si se enteraran? Porque, en Madrid, las malas lenguas podrán decir de mí lo que quieran. Pero en provincias nadie sabe nada. Conque no, no y no...

FERNANDO.—¡Pepita!

PEPITA.—¡He dicho que no! ¡No te acerques! ¡Ay, Dios mío, qué chasco! Y yo que venía dispuesta a empezar otra carrera...

(Y llorando, con muchísimo desconsuelo, abre la puerta, sale y desaparece. Quedan en escena Fernando y Primitivo. Aquel, en la más desconsolada actitud. Este, tan caviloso como siempre, paseando)

FERNANDO.—¡Oh! Se acabó. Estoy perdido. ¿Y por qué? Porque yo, que siempre he vivido rodeado de mujeres, no encuentro una, una sola, dispuesta a decir que es mi mujer. ¡Qué sarcasmo! ¿No es para desesperarse?

PRIMITIVO.—¡No! (*Heroico*) Todavía, no.

FERNANDO.—¡Primitivo! ¿Qué está usted pensando?

PRIMITIVO.—¿No lo adivina? (*Lentamente, con solemnidad, Primitivo se sienta en el sofá, toma el teléfono que está en la mesita y marca un número. Fernando le mira suspenso. Al teléfono*) ¡Lola!

FERNANDO.—¡Oh! ¡Primitivo!

PRIMITIVO.—¡Silencio!

FERNANDO.—(*Muy emocionado*) ¿Cree usted que ella querrá?

PRIMITIVO.—(*Lógico*) Espero que se haga cargo. (*Más alto*) ¡Lola! ¿Eres tú? Soy yo, Primitivo. ¿Qué estás haciendo, hijita? (*Se vuelve muy risueño hacia Fernando*) ¿Sabe usted lo que está haciendo?

FERNANDO.—¿Qué está haciendo?

PRIMITIVO.—Está preparando paquetes para la Tómbola Benéfica del Distrito...

FERNANDO.—¡Oh! Es un ángel...

PRIMITIVO.—Lo es, lo es. (*Al teléfono*) Oye, Lola. ¿Sabes dónde estoy en este momento? ¿Eh? (*Muy contento*) Estoy sentado en el sofá de nuestro amigo Carvajal... (*Escucha*) ¿Cómo?

FERNANDO.—¿Qué dice?

PRIMITIVO.—Que me siente en otro sitio. (*Muy diligente, sin separar el auricular del oído, se levanta y se sienta en un sillón cercano. Fernando le sigue y se arrodilla en el suelo, a su lado, lleno de ansiedad*) Sí, hijita. De acuerdo, de acuerdo. Con muchísimo gusto. (*A Fernando*) Oiga.

FERNANDO.—¿Qué?

PRIMITIVO.—Dice que si se acuerda usted de ella...

FERNANDO.—(*Apasionadamente*) ¡Dígale que no podré olvidarla nunca! Dígale que me acuerdo de todo. De aquel café pequeñito. Del escándalo que me dio una noche en una esquina del Madrid antiguo. De lo que nos pasó aquella tarde en el Retiro, cuando nos embarcamos en una lancha...

PRIMITIVO.—¡Caramba! Eso del Retiro no lo sabía yo. ¿Qué pasó? Cuente, cuente...

(*Y tranquilamente deja el auricular sobre la mesa y se dispone a escuchar*)

FERNANDO.—¿Ahora?

PRIMITIVO.—¡Je! Dispense. Es que como tengo esta curiosidad... *(Al teléfono)* ¡Lola! Nuestro amigo se acuerda de todo. ¡Oh!

FERNANDO.—¿Qué dice?

PRIMITIVO.—Dice que eso son cuentos...

FERNANDO.—¡Oh! *(Muy dolido)* ¡Qué arisca es!

PRIMITIVO.—¡Je! Dígamelo a mí. *(Al teléfono otra vez)* Oye, Lola. Te llamo porque Fernando está en un gran apuro y solo tú puedes salvarle. Sí, hijita; como lo oyes. Oye, Lola. Vamos a ver, vamos a ver. ¿Te gustaría hacer un viajecito a Valladolid? ¿Eh? Oye, Lola. Pero, Lola, mujer. ¡Oh!

FERNANDO.—¿Qué?

PRIMITIVO.—*(Desolado)* Ha colgado.

FERNANDO.—¡Oh!

PRIMITIVO.—¡No quiere ni oír hablar de Valladolid! *(Indignado)* ¡Ea! ¿Y sabe usted por qué? Porque no le preocupa más que su dichosa tómbola. ¡Vamos, hombre! Le digo a usted que esto no es vida...

FERNANDO.—¡Calma, Primitivo, calma!

PRIMITIVO.—Es que no puedo más. Yo no me casé con Lola para esto. *(Amargamente)* Yo he sido durante toda mi vida lo que se llama un hombre de orden... Me he aburrido muchísimo. ¿Comprende? Cuando llegué a cierta edad, pensé en divertirme un poquito, y por eso me casé con Lola, que era lo que llamamos una muchacha alegre. Pero me he equivocado. Porque resulta que, en vez de vivir como siempre había vivido Lola, que es lo que quería yo, estamos viviendo como siempre he vivido yo, que es lo que quería Lola. *(Furioso)* ¡Y no puedo más! ¡Abajo el orden!

FERNANDO.—¡Serénese, Primitivo!

PRIMITIVO.—¡No quiero!

FERNANDO.—¿A dónde va usted?

PRIMITIVO.—¡A casa! Y le aseguro a usted que esta vez me va a oír...

(Sale Primitivo, muy enfadado, por la puerta del fondo. Fernando, solo, sentado en el sofá, suspira profundamente y llama)

FERNANDO.—¡Felisa!

(Asoma en el acto Felisa por el recodo del pasillo)

FELISA.—¡Señorito!

FERNANDO.—¿Has estado escuchando?

FELISA.—Sí, señorito.

FERNANDO.—Me parece muy natural. Entonces, ya lo sabes todo... Estoy perdido.

FELISA.—(*Rotunda*) No, señor.

FERNANDO.—(*Suspense*) ¿Qué quieres decir?

FELISA.—Digo que, gracias a Dios, el señorito no está solo en el mundo, y hay quien vela por él... Conque ya puede usted ir haciendo la maleta para ir a Valladolid.

FERNANDO.—¡Felisa! (*Esperanzado*) ¿No sueñas?

FELISA.—¡No me pregunte! Métase usted en su alcoba y no salga hasta que yo le llame...

FERNANDO.—Pero, Felisa...

FELISA.—¡Hala!

FERNANDO.—¡Oh!

(Fernando, sorprendidísimo, pero obediente, desaparece por la puerta de la alcoba. Queda Felisa sola. Muy decidida, marcha hacia la ventana, hace señas y llama como al principio del acto)

FELISA.—¡Chiss! Venga usted. ¡Aprisa!

(Se separa de la ventana. Va a la puerta de la escalera, abre y espera. En el rellano aparece Marta con la ansiedad pintada en el rostro)

MARTA.—(*Muy bajito*) ¿Qué?

FELISA.—Entre... No hay cuidado.

MARTA.—¿Ha averiguado usted algo?

FELISA.—Todo.

MARTA.—¿Es grave, de verdad, lo que le pasa?

FELISA.—Gravísimo.

MARTA.—¿Y podemos hacer algo nosotras por salvarle?

FELISA.—Yo, no. Porque ya no está una para ciertas cosas. Pero usted, sí...

MARTA.—¡Ay, diga, diga! ¿Qué tengo que hacer? ¿Es muy difícil?

FELISA.—Pues verá usted...

(Están las dos sentadas, muy juntas, en los sillones de la izquierda. Felisa, con involuntaria precaución, mira en torno, se inclina y, al oído de Marta, comienza a hablar muy bajito... No se oye nada. Así un rato. De pronto, Marta se pone en pie, ruborizadísima, sofocando un grito)

MARTA.—¡Felisa!

FELISA.—¡Je! ¡Claro! Así, de pronto, hace un efecto...

MARTA.—Yo no puedo. No, no... No puedo hacer eso.

FELISA.—¡Señorita! (*Enérgicamente*) ¿Está usted enamorada o no?

MARTA.—Sí...

FELISA.—Entonces, piense usted en la ocasión que se le presenta. ¡Un viaje con el señorito! Ida y vuelta a Valladolid...

MARTA.—¿Usted cree? (*Transición, bajito*) ¿Y dice usted que ese señor se va a morir?

FELISA.—(*Radiante*) ¡Sí!

MARTA.—¡Pobrecito! Entonces...

(*Dentro se oye la voz de Fernando*)

FERNANDO.—¡Felisa! ¿Con quién hablas?

LAS DOS.—¡Oh!

(*Marta escapa precipitadamente hacia la derecha, toda ruborizada. Aparece Fernando*)

MARTA.—¡Ay, Felisa!

FERNANDO.—(*Sorprendidísimo*) ¡Hola! ¿Quién es esta señorita?

FELISA.—Conque quién es, ¿eh? (*Satisfechísima*) ¡Lo que usted necesita para esta noche!

FERNANDO.—(*Estupefacto*) ¡Felisa!

FELISA.—(*Con entusiasmo*) Pero esta es de verdad. Porque esta señorita sabe coser, guisar, bordar y planchar. ¡Y de niños, entiende más que nadie!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una alcoba en el viejo palacio. Es una amplia estancia de altos techos, decorada en estilo isabelino; con gruesos cortinajes en las puertas y las paredes tapizadas en flor de lis. Dos camas frente al público, esto es, con las respectivas cabeceras rozando la pared del fondo y simétricamente situadas. Las dos camas –exactamente iguales– solo tienen de madera la cabecera, de forma que, cuando un personaje se sienta en una de ellas, su figura queda total y perfectamente visible para el público. En el fondo, a la derecha de las camas, una puerta de entrada. A la izquierda, un balcón, abierto de par en par, permite ver un rincón de la ciudad bañado por la luna de una noche bellísima.

En el lateral de la derecha, una puertecita pequeña que da al cuarto de baño. En esta misma pared, en primer término, una cómoda de la época. Sobre la cómoda, un gran espejo de marco dorado.

En la pared de la izquierda, una chimenea. Delante, dos butacones, alguna silla y una mesita.

En el fondo, entre las dos camas, una mesilla de noche con una pantalla.

Todo limpio, limpiísimo. El interior del viejo caserón está amorosamente cuidado.

(Cuando se levanta el telón, la escena está sola. Pronto, por la puerta del fondo, entran Manolito y Fernando. Este con sombrero y gabardina al brazo. Manolito es un criado viejísimo, de edad incalculable. Viste de negro, con una pulcritud extraordinaria. Anda con pequeños pasitos, es muy fino y tiene a ratos un aire ensimismado. Lleva una pequeña maleta de Fernando)

MANOLITO.—Pase, pase por aquí el señorito. Ya nos extrañaba la tardanza... Pero me alegro, me alegro de verle tan bueno...

FERNANDO.—Gracias. ¿Cómo está mi tío?

MANOLITO.—Pues con un genio que ya, ya... Hace un ratito nos ha echado a todos de su cuarto con cajas destempladas.

FERNANDO.—¡Oh!

MANOLITO.—Como tiene ese carácter. *(Manolito se queda mirando a Fernando con mucho interés)* ¡Je! ¿Es que el señorito no se acuerda de mí? Yo soy el Chico...

FERNANDO.—*(Asombradísimo)* ¿De veras?

MANOLITO.—(*Muy satisfecho*) El mismo. Vine a Valladolid cuando tenía quince años y entré a servir aquí, en el palacio, para los recados. Desde entonces, todos me llaman el Chico. Pero si el señorito quiere, puede llamarme por mi nombre, que me va más con la edad.

FERNANDO.—¿Cómo se llama usted?

MANOLITO.—Manolito.

FERNANDO.—Mucho gusto, Manolito.

(*Manolito, de pronto, estornuda lamentablemente*)

MANOLITO.—¡Achíss!

FERNANDO.—¡Caramba!

MANOLITO.—Calle usted, hombre. Estoy fatal... Valladolid, que no me sienta bien. Pero el médico dice que me acostumbraré. Por lo visto, es cuestión de tiempo. (*Manolito, de nuevo, se queda mirando a Fernando, atentísimo*) Ahora caigo. La última vez que estuvo aquí el señorito fue en 1910...

FERNANDO.—(*Sonríe*) No... No era yo, Manolito.

MANOLITO.—¡Ah! ¿No?

FERNANDO.—No... Aquel visitante que usted recuerda era mi padre.

MANOLITO.—¡Anda! Pues es verdad. El padre del señorito, que era coronel.

FERNANDO.—Abogado.

MANOLITO.—Eso es, sí señor. Abogado. Le advierto al señorito que tengo muy buena memoria. ¡Je! (*Muy mundano*) Bueno, hombre, bueno. ¿Y qué hay por Madrid? La última vez que estuve allí fue el año 36. Y todos decían que se iba a armar una buena. (*Con mucho interés*) ¿Qué? ¿Se armó o no se armó?

FERNANDO.—(*Atónito*) Hombre... ¿Qué puede decir uno?

MANOLITO.—¡Achíss!

FERNANDO.—(*Con alarma*) Pero, Manolito...

MANOLITO.—¡Je! Este Valladolid... (*Transición*) ¿Qué? ¿Le gusta al señorito su habitación? Se la ha preparado Dorotea, que está muy al tanto de las costumbres de ahora.

(*Fernando pasea la mirada por la estancia. Cuando sus ojos caen sobre las dos camas, se yergue súbitamente*)

FERNANDO.—¡Manolito! ¿Quiere usted hacer el favor de rogar a mi tío que me reciba inmediatamente? Es muy importante...

MANOLITO.—Bueno. Como usted mande... Si, entre tanto, se quiere usted asear un poco, esta puerta es el cuarto de baño.

FERNANDO.—Gracias.

(Manolito marcha hacia el fondo con sus pasitos menudos. Y estornuda)

MANOLITO.—¡Achísss! Cuando yo digo que Valladolid acaba conmigo...

(Sale por la puerta del fondo. Fernando, cuando se queda solo, mira en torno, suspira, toma su maletita y desaparece por la puertecita del cuarto de baño. Y queda la escena sola. Pero apenas un segundo, porque inmediatamente, por la puerta del fondo, surge Dorotea. Es el ama de llaves de la casa. Es portadora de otra pequeña maletita)

DOROTEA.—Entre, entre... Aquí tiene la señora su alcoba. *(Asoma por la misma puerta el rostro de Marta. Está muy asustada y mira con los ojos muy abiertos)* Es la mejor de la casa. Pero bien se la merece la señora. Porque la señora es la única mujer de la familia, la verdadera señora de la casa... Oiga. ¿Es que no entra la señora? *(Marta se decide y entra casi de puntillas)* ¡Je! Si supiera la señora qué alegría me ha dado al verla bajar del coche. Porque no voy a engañar a la señora. Cuando supimos que el señorito Fernando llegaba esta noche con su mujer, yo me eché a temblar. Tiene una oídas tantas cosas del señorito Fernando... Como, por las referencias, siempre ha sido un tarambana y un perdido, le creí capaz de haberse casado con una de esas pelanduscas amigas suyas. ¡Digo! Como que todavía no me explico qué ha hecho el señorito para encontrar una mujer como la señora... ¡Qué alegría va a tener don Federico cuando la conozca! El pobre señor no tenía más que una ilusión: que se casara su sobrino. Como él es soltero, no se quiere morir sin estar seguro de que no se acaba la familia. Cosas de solteros que, ya se sabe, son los más preocupados por la descendencia... *(Transición, sonrío)* Y dígame la señora. ¿Está usted muy enamorada?

MARTA.—*(Casi sin voz)* Sí...

DOROTEA.—*(Muy enternecida)* Vaya. *(Sonríe con maternal comprensión)* Entonces...

MARTA.—¿Qué hace? *(Muy inquieta)* ¿Se marcha usted?

DOROTEA.—Pues claro.

MARTA.—¡Dorotea! ¿Me va usted a dejar sola?

DOROTEA.—Ande, ande. Si algo necesita la señora, no tiene más que tirar de ese cordón. Yo tengo el sueño muy ligero...

MARTA.—¡Dorotea! Pero, Dorotea...

(Dorotea, muy risueña y muy ligerita, se marcha por el fondo. Marta está sola en el centro de la estancia. Da unos pasos hacia el balcón. Pero en este momento, tranquilamente, surge Fernando por el cuarto de baño)

FERNANDO.—¡Chiss! ¿Estorbo?

(Marta, sofocadísima, se vuelve, retrocede y grita)

MARTA.—¡Ayyy!

FERNANDO.—¡Chiss! ¡No grite!

MARTA.—¿Qué hace usted aquí? Márchese. Esta es mi alcoba...

FERNANDO.—¡Toma! Y la mía.

MARTA.—*(Chillando)* ¿Qué? ¿Qué encerrona es esta?

FERNANDO.—*(Apuradísimo)* Por favor. No grite más. Yo le explicaré... Dese usted cuenta de que esta situación es muy natural.

MARTA.—¿Qué está usted diciendo?

FERNANDO.—¡Claro! Como en esta casa nos creen casados, los criados de mi tío nos han preparado una alcoba de matrimonio... Es lo decente. Y menos mal: han puesto dos camas.

MARTA.—*(Casi llorando)* Pero, ¿usted cree que eso es una garantía?

FERNANDO.—No, claro. *(Azorado)* Es que no sé lo que digo.

MARTA.—Dígame la verdad. ¿Sabía usted que iba a pasar esto?

FERNANDO.—Me lo temía. Esto no es Hollywood. *(Con cierto orgullo)* Aquí estamos en Castilla.

MARTA.—Entonces, ¿por qué me ha traído usted aquí? ¿Quién se ha creído usted que soy yo? ¿Por qué no me lo advirtió en Madrid?

FERNANDO.—Porque, si se lo digo, no hubiera usted venido...

MARTA.—¡Ayyy! Esto es una encerrona. ¡Una encerrona!

FERNANDO.—*(Indignado)* ¿Quiere usted callarse? Desde que salimos de Madrid estoy tratando de prepararla para esta sorpresa. Pero usted no me ha dejado. Ha hablado usted, usted sola. ¿Y de qué ha hablado? *(Casi furioso)* ¡De sus sobrinitos!

MARTA.—*(Muy ofendida)* ¿Qué tiene usted que decir de los niños?

FERNANDO.—Nada. Son muy ricos. *(Habla muy deprisa, como se recita un texto sabido de memoria)* Felipín tiene ocho años, Tanito seis y Pachín cuatro. Felipín va a ser almirante y Tanito aviador. De Pachín solo sabemos que

cuando ve en los periódicos fotografías de toreros, rompe a aplaudir y grita: Ole, ole y ole...

MARTA.—(*Con orgullo*) Porque es un patriota...

FERNANDO.—¡Sí! (*Rencoroso*) Ese niño lo reúne todo. Como usted verá, Felipín, Tanito y Pachín no tienen secretos para mí, gracias a los minuciosos informes que usted me ha facilitado durante el viaje. Pero si me hubiera usted dejado hablar, yo le hubiera expuesto mi programa para esta noche y habiéramos evitado este equívoco. Escuche. (*Baja la voz*) Dentro de unos minutos estaremos los dos en presencia de mi tío. Usted procurará ser con él lo más amable posible. Mi tío se quedará encantado de su nueva sobrina, estoy segurísimo. Pero, cuando nos ofrezca su casa para pasar la noche, yo le diré que no podemos quedarnos, porque vamos en viaje hasta París, para un asunto muy importante, y tenemos que estar en San Sebastián antes de que se haga de día...

MARTA.—¿Lo hará usted así?

FERNANDO.—Le doy a usted mi palabra. Ya he mandado a un criado para que anuncie a mi tío nuestra llegada. No tardará en venir a buscarnos.

MARTA.—(*Sosegándose*) ¡Gracias a Dios! Si hubiera tenido que pasar la noche aquí, encerrada con usted entre estas cuatro paredes, me hubiera vuelto loca...

FERNANDO.—¿Tanto?

MARTA.—Sí. Porque no es usted precisamente el hombre de quien una mujer puede fiarse.

FERNANDO.—¡Je! (*Agradecido*) Muchas gracias. Eso es verdad. (*Un silencio. Ya están los dos más tranquilos. Él se ha sentado en un sillón, junto a la chimenea*) ¡Marta! ¿Necesita usted que le diga que nunca, nunca, olvidaré lo que hace usted por mí esta noche?

MARTA.—No...

FERNANDO.—Gracias. (*Un silencio. La observa y sonrío*) ¡Je! ¡La vecina de enfrente! Realmente, la vida es más inverosímil que una película. Esta mañana no nos conocíamos. No sabíamos nada el uno del otro. Y ahora estamos aquí, como marido y mujer. ¿Y todo por qué? Porque tiene usted un gran corazón. Porque es usted generosa. Porque ha querido ayudarme a mantener la ilusión de mi pobre tío. Es maravilloso. Que Dios le pague la mentira de esta noche, Marta. (*Un silencio*) ¿En qué está usted pensado?

MARTA.—En lo difícil que debe ser engañarle a usted...

FERNANDO.—¡Je!

MARTA.—(*Transición*) Pero, ¿qué hace usted ahí parado? ¿No ve que se hace tarde y hemos de volver a Madrid? ¿Cuándo viene ese criado?

FERNANDO.—¡Oh! Ya está ahí.

MANOLITO.—(*Dentro*) ¡Señorito! Soy el Chico.

FERNANDO.—¡Adelante!

(*Se abre la puerta y aparece Manolito*)

MANOLITO.—¡Je! ¿Se puede?

FERNANDO.—Pase, pase, Manolito. ¿Habló usted con mi tío?

MANOLITO.—Sí, señorito. Pero verá usted...

FERNANDO.—¿Qué?

MANOLITO.—El señor está de muy mal humor y dice que hasta mañana no quiere ver al señorito...

(*Marta y Fernando, en un grito, sobresaltadísimos, avanzan hacia Manolito y le acosan*)

LOS DOS.—¿Cómo?

MARTA.—(*Con terror*) ¿Eso ha dicho?

MANOLITO.—Eso, eso.

FERNANDO.—Entonces, ino nos podemos marchar! ¡Tenemos que pasar la noche aquí!

MARTA.—(*En un grito*) ¡¡No!!

MANOLITO.—(*Asustado*) ¡Caray!

(*Marta, muy nerviosa, empieza a pasear de un lado para otro repitiendo sin cesar*)

MARTA.—¡No, no y no! Eso, no. He dicho que no y no...

FERNANDO.—(*Aterrado*) ¡Por Dios! Un poco de prudencia.

(*Manolito, que contempla estupefacto a Marta, se vuelve hacia Fernando*)

MANOLITO.—Oiga, ¿qué le pasa?

FERNANDO.—Nervios. ¿Comprende?

MANOLITO.—¡Ah, ya! (*Boquiabierto*) ¿Y siempre es así?

FERNANDO.—Me temo que sí.

MANOLITO.—Pues está usted listo. (*De pronto*) ¡Achísss!

FERNANDO.—¡No! Si se pone usted a estornudar ahora, no respondo de mí...

MANOLITO.—Pero si yo no tengo la culpa... Es Valladolid.

(Marta, desde el fondo, se detiene bruscamente y avanza)

MARTA.—¡Fernando! ¡Hay que hacer algo! No podemos pasar la noche encerrados aquí, los dos.

FERNANDO.—No se me ocurre nada. Si mi tío no me quiere recibir hasta mañana, ¿qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer?

MANOLITO.—¡Toma! Lo natural.

FERNANDO.—Hombre... No diga usted barbaridades.

MANOLITO.—¡Ay, Dios mío!

MANOLITO.—Oiga, oiga. ¿Es que ustedes no duermen nunca?

FERNANDO.—No es eso. Es que en Madrid hacemos otra vida. ¿Comprende? Nos acostamos tardísimo...

MANOLITO.—¡Ah! ¿Sí?

FERNANDO.—¡Sí!

MANOLITO.—*(Muy satisfecho)* ¡Anda! Pero si a mí me pasa lo mismo. Yo padezco de insomnios. Y como no duermo, me paso las noches subiendo y bajando las escaleras y poniéndolo todo en orden.

(Marta, contentísima, toma una resolución y va hacia Manolito)

MARTA.—¿Eso es verdad?

MANOLITO.—Que sí, que sí.

MARTA.—Entonces, ¿usted no tiene sueño?

MANOLITO.—¡Nunca!

MARTA.—¡Ay! Pero, ¿por qué no lo ha dicho antes? Entonces, ya está todo arreglado. Siéntese usted.

MANOLITO.—¡Señora!

MARTA.—Vamos, vamos. Siéntese aquí...

MANOLITO.—No sé si debo...

MARTA.—¿Cómo que no? A sentarse.

FERNANDO.—Siéntese, siéntese. Aprisa.

(Entre los dos conducen a Manolito hasta la chimenea y, con la más cariñosa energía, le sientan en un sillón)

MANOLITO.—Bueno. *(Sorprendidísimo)* Como ustedes quieran...

MARTA.—¡Ay, Manolito! Ya verá usted qué bien vamos a pasar la noche aquí los tres juntitos. Se nos irá el tiempo sin sentir. Y en un periquete, se hace de día.

MANOLITO.—¿De día?

MARTA.—Sí, sí...

MANOLITO.—Bueno, bueno. Por mí... ¡Achíss!

MARTA.—¡Jesús!

FERNANDO.—Ea, ea, ea...

(Marta y Fernando, muy cariñosos, prodigan palmaditas en la espalda de Manolito)

MARTA.—¿Quiere usted una aspirina?

FERNANDO.—¿Quiere usted una copita? En la maleta tengo algo de whisky...

MANOLITO.—Bueno. Pero le advierto que cuando bebo, me entra sueño...

MARTA.—*(Rapidísima)* ¡Ah, no! Entonces, no. Ni una copita ni nada...

FERNANDO.—¡Je!

MARTA.—¡Je! Vaya, vaya con Manolito. ¡Qué simpático es!

FERNANDO.—¡Y qué joven está!

MARTA.—Mucho, mucho.

(Manolito se queda mirando a uno y a otro)

MANOLITO.—Un momento.

MARTA.—¿Qué?

MANOLITO.—¿Estorbo o no estorbo?

MARTA.—*(En un grito)* ¡No!

FERNANDO.—¡No, hombre! ¡Qué va usted a estorbar!

MANOLITO.—¿Y de veras vamos a estar aquí hasta que se haga de día?

LOS DOS.—¡Sí!

MANOLITO.—Entonces, si a ustedes les parece, podíamos hacer algo para pasar el rato... Yo siempre llevo una baraja.

(Marta y Fernando se ponen contentísimos)

FERNANDO.—¡Bravo!

MARTA.—¡Ay, qué buena idea! *(Palmoteando)* ¡A jugar! ¡A jugar!

FERNANDO.—¡A jugar!

MANOLITO.—*(Muy contento)* Hala, hala.

(Los tres se agrupan, sentados en torno a la mesita, y se disponen al juego felicísimos)

FERNANDO.—¿Al «póker»?

MANOLITO.—¡Ca! Eso es muy difícil. Aquí, siempre jugamos a las siete y media.

MARTA.—Pues a las siete y media. ¡Todo lo que usted quiera!

MANOLITO.—¡Andando! Yo soy el banquero. Pondremos un durito, para entretenernos...

FERNANDO.—Carta, carta.

MANOLITO.—Ahí va. Una, dos y tres...

MARTA.—(*Triunfante*) ¡Cinco!

FERNANDO.—¡Seis!

MANOLITO.—Siete. (*Dichoso*) Vengan, vengan esos duritos. ¡Otra!

MARTA.—¡Seis!

FERNANDO.—¡Seis!

MANOLITO.—Siete.

FERNANDO.—(*Escamadísimo*) ¿Otra vez el siete de oros?

MANOLITO.—¡Je! Es lo que me pasa siempre. Oiga, ¿me ha dado usted el duro?

FERNANDO.—¡Naturalmente! ¿Es que va usted a dudarlo?

MANOLITO.—¡Je! Por si acaso. Otra. Otra. Una para usted y otra para usted...

(El juego, llevado por el entusiasmo de Manolito, va aumentando de velocidad. Al fin las jugadas se suceden rapidísimas)

MARTA.—Deme carta...

MANOLITO.—Va.

MARTA.—Me pasé...

FERNANDO.—¡Seis!

MANOLITO.—Siete. ¡Otra!

MARTA.—Un cinco...

FERNANDO.—¡Me planto!

MANOLITO.—Siete. ¡Je!

FERNANDO.—¡Marta! Tengo la sospecha de que este miserable hace trampas...

MARTA.—¡Silencio! Por Dios...

MANOLITO.—(*Regocijadísimo*) Otra, otra.

MARTA.—Cinco.

FERNANDO.—Cinco y media... A ver.

MANOLITO.—¡Siete!

FERNANDO.—(*Indignado*) ¡Me va a dejar sin una peseta!

MARTA.—¿Quiere callarse?

MANOLITO.—Tome, tome. Otra carta.

MARTA.—¡Seis!

FERNANDO.—(*Alborozadísimo*) ¡¡Siete!!

MANOLITO.—(*Atónito*) ¿Está usted seguro?

FERNANDO.—¡Sí!

MANOLITO.—(*Incrédulo*) Pues no me lo explico. Vamos a ver, vamos a ver. (*Se echa carta, contentísimo*) ¡Siete y media!

(*Fernando se pone en pie excitadísimo*)

FERNANDO.—¡¡No!! No vale.

MANOLITO.—¿Cómo que no?

FERNANDO.—Se ha sacado la sota del bolsillo. Lo he visto. Lo he visto con mis propios ojos...

MANOLITO.—¡Caramba! ¿Y por eso se enfada usted tanto?

FERNANDO.—¡Naturalmente!

MANOLITO.—Pero si es que aquí, en Valladolid, jugamos así. (*Con toda razón*) ¿O es que quiere usted que pierda el banquero?

FERNANDO.—(*Picadísimo*) ¡Tramposo!

MARTA.—¡Ay, Fernando!

FERNANDO.—¡Es usted un tramposo!

MANOLITO.—Oiga, oiga.

MARTA.—¡Manolito!

MANOLITO.—¡Achíss!

MARTA.—¡Jesús! Ea, ea...

(*Marta, muy apurada palmea otra vez la espalda de Manolito*)

MANOLITO.—¡Achíss! Usted perdone. Pero es que cuando me pongo nervioso, estornudo más...

MARTA.—¡Ay, Dios mío!

MANOLITO.—¡Achíss!

(*Suenan unos golpecitos en la puerta del fondo y se oye la voz de Dorotea*)

DOROTEA.—(*Dentro*) ¿Dan ustedes su permiso?

MARTA.—(*Vivamente*) ¡¡Sí!!

FERNANDO.—¡Oh!

(Se abre la puerta y aparece Dorotea. Lleva una bandeja con dos magníficos vasos de leche)

DOROTEA.—¿Se puede? Me figuré que a los señoritos les gustaría tomar un vaso de leche antes de acostarse...

MARTA.—¡Ay, sí! Con muchísimo gusto. Pero no se quede ahí, Dorotea. Pase, pase y juegue con nosotros.

DOROTEA.—*(Asombrada)* Pero, ¿es que están ustedes jugando?

MARTA.—¡Toma! Y usted también va a jugar...

(Dorotea, mientras ha avanzado, descubre a Manolito y se indigna)

DOROTEA.—Pero, Chico, ¿qué haces tú aquí?

MANOLITO.—¡Je!

DOROTEA.—*(Escandalizada)* ¡Virgen Santísima! ¡Qué fresco es este Chico! Mire usted que meterse en la alcoba de los señores a estas horas. ¡Con las ganas que tendrán ellos de quedarse solos!

MARTA.—¡Oh!

FERNANDO.—¡Y dale!

DOROTEA.—¿No te da vergüenza?

MANOLITO.—Mujer...

DOROTEA.—¡Silencio! Y largo de aquí. Vaya con el atrevido.

(Manolito, muy enfurruñado, con sus pasitos cortos, marcha hacia el fondo gruñendo)

MANOLITO.—Esta Dorotea siempre lo estropea todo. Y precisamente esta noche, que tenía yo la suerte de cara. ¡Achíss!

(Sale. Dorotea se vuelve a los demás)

DOROTEA.—Discúlpenle los señoritos. Es que como está tan viejo y no duerme, se pasa la noche metiéndose en todos los rincones...

(Muy risueña, inicia la salida. Marta da un paso hacia ella)

MARTA.—¿Usted también se va?

DOROTEA.—¡Claro! ¿Se le ocurre algo a la señora?

MARTA.—No, nada. *(Casi sin voz)* ¡Dorotea! ¿Ese balcón está muy alto?

DOROTEA.—Tres pisos.

MARTA.—¡Oh!

DOROTEA.—¿Por qué me lo pregunta la señora?

MARTA.—No, no... Por nada.

DOROTEA.—Pues que los señores descansen. ¡Ea! Muy buenas noches...

MARTA.—*(Bajísimo)* Buenas noches.

(Sale Dorotea. Ya están irremediablemente solos, cada uno a un lado del escenario. Marta a la izquierda, Fernando a la derecha. Hay un brevísimo silencio lleno de angustia)

FERNANDO.—¡Je!

(Se oye el chasquido metálico de la cerradura al girar la llave. Los dos se estremecen)

LOS DOS.—¿Qué?

DOROTEA.—*(Dentro)* He cerrado la puerta y me llevo la llave, para que no les vuelva a molestar el Chico... Hasta mañana.

(Se oyen los pasos de Dorotea, que se aleja. Marta y Fernando, en silencio, se miran)

MARTA.—*(Apenas un murmullo)* Nos ha encerrado.

FERNANDO.—¡Sí!

MARTA.—Ya no hay remedio.

FERNANDO.—No.

(Un silencio largo)

MARTA.—No me mire.

FERNANDO.—No, no... De ningún modo.

MARTA.—No se acerque.

FERNANDO.—Pero si no me muevo... *(Otro silencio. Con mucha amabilidad)* ¿Tiene usted sueño?

MARTA.—¡No!

FERNANDO.—¡Je! Yo tampoco. Una lástima.

(Se callan otra vez. No se miran. Están inmóviles)

MARTA.—*(Tímidamente)* ¿A qué hora cree usted que nos traerán el desayuno?

FERNANDO.—Supongo que a eso de las ocho...

MARTA.—¿Qué hora es?

FERNANDO.—La una...

MARTA.—¡Dios mío!

FERNANDO.—Pero, para su tranquilidad, le diré que voy muy atrasado. Deben ser lo menos la una y diez...

MARTA.—¡Oh!

(Se callan una vez más. Un silencio espesísimo)

FERNANDO.—*(Un suspiro)* Hay que ver cómo pasa el tiempo...

(De pronto, ella irrumpe con sofoco)

MARTA.—¡No! ¡No lo resistiré! ¡No podré! ¡Voy a gritar de un momento a otro!
¡Tengo que gritar!

FERNANDO.—*(En pie)* ¡¡No!! Eso no, Marta. ¡Por piedad! Si grita usted, estoy perdido. Descubrirán que no estamos casados. Mi tío sufrirá un desengaño espantoso... Me maldecirá. Me echará de su casa para siempre. Y estoy seguro de que hasta me desheredará. ¡Marta! Ha sido usted buena y generosa acompañándome en esta aventura. Sea usted valiente hasta el final...

(Involuntariamente, da un paso hacia ella y Marta escapa despavorida)

MARTA.—¡No se acerque!

FERNANDO.—¡Marta! Por Dios... Escuche.

MARTA.—¡Le digo que no se acerque! *(Marta ha huido hasta el balcón. Vuelta de espaldas y apoyada en la jamba, llora sin consuelo)* ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué he hecho esta locura? ¿Por qué?

(Sale al balcón. Se apoya en el barandal de hierro y sigue llorando. Fernando la mira abrumado)

FERNANDO.—¡Oh!

(Está solo, en primer término, y empieza a pasear de un lado para otro. De pronto, se detiene bruscamente como quien toma una decisión. En efecto, muy resuelto, entra en el cuarto de baño. Queda Marta sola en el balcón. Se oye el rumor de sus sollozos sofocados. Extrañada del silencio que la rodea, vuelve despacito la cabeza. Se asoma al interior de la habitación. Entra. Se sienta en el mismo borde de la cama de la izquierda. Y comienza rezar muy de prisa)

MARTA.—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres...

(Sigue así un tiempo. El rezo es un murmullo que no se acaba. Se interrumpe, al fin, con la entrada de Fernando, tan orondo: se ha despojado de la americana y la corbata y viene liándose el cinturón de una magnífica bata)

FERNANDO.—¡Ea!

MARTA.—*(En pie. Alarmadísima)* ¿Qué significa eso?

FERNANDO.—¡Je! Me he puesto un poco cómodo.

MARTA.—¿Ya?

FERNANDO.—Oiga, ¿por qué no hace usted lo mismo?

MARTA.—*(Súbita)* ¡Sinvergüenza!

FERNANDO.—¿Cómo?

MARTA.—Sinvergüenza, sinvergüenza, sinvergüenza...

FERNANDO.—¡Oh! *(Resignado)* Está bien, está bien. *(Cruza la escena y se sienta en un sillón, junto a la chimenea)* ¡Marta! Se me ocurre una idea... Para romper el hielo, ¿quiere usted que nos tuteemos?

MARTA.—¡¡No!!

FERNANDO.—¡Oh!

MARTA.—Y le advierto a usted que si trata de romper el hielo, gritaré. Conque esas son sus mañas, ¿eh? Primero se pone cómodo y luego quiere que nos tuteemos. ¡No niega usted quién es!

(Un silencio. Fernando, callado, vuelve la cabeza, la mira y sonrío)

FERNANDO.—¡Je! ¿Sabe que me gusta usted mucho, Marta?

MARTA.—¿Yo?

FERNANDO.—Sí, sí... Usted.

MARTA.—(*Con mucho apuro. Muy de prisa*) ¡Huy! Pues eso es que no se ha fijado usted bien. Yo no valgo nada. Pero lo que se dice nada, nada. ¿Quién soy yo? ¡Pobre de mí! Una pobre mujer vulgar, vulgarísima, feúcha, sin gracia. Una pena. Ya ve usted: éramos dos hermanas y mi madre se empeñó en casarnos a las dos antes de morir. Bueno. Pues ya ve usted: conmigo no pudo. Y eso que la pobre mamá era de abrigo. ¡Digo, ya se sabe lo que es una madre, pobrecita! Y es que yo nunca he tenido atractivo para los hombres. Nada, ni tanto así. Si usted dice que le gusto, es porque no se ha fijado bien. Pero fíjese, fíjese y verá... (*Transición, con súplica*) No, no se fije. Por si acaso. Ya no sé lo que digo...

FERNANDO.—¡Je! (*Después de un silencio*) ¡Marta!

MARTA.—¿Qué?

FERNANDO.—(*Sonriendo*) ¿Por qué no se tranquiliza usted un poco? (*Muy paternal*) Vamos, vamos, haga un esfuerzo. Después de todo, lo que nos ocurre no tiene tanta importancia. ¿Que vamos a pasar una noche juntos? Bueno. ¿Y qué? Piense, piense un poco y verá que no es la primera vez que le ocurre algo semejante...

MARTA.—(*Casi llorando*) ¿Qué dice usted?

FERNANDO.—Escuche. (*Muy sensato*) ¿Es que no ha viajado usted nunca de noche, en el tren, en un vagón de primera? Estoy segurísimo de que sí. ¿Y qué ha ocurrido esa noche? Pues lo más natural del mundo: que el departamento estaba vacío, y frente a usted se ha sentado un señor desconocido. ¿Y qué ha pasado entre ese señor y usted? Nada, absolutamente nada. Que a la media hora de viaje, dormían ustedes como dos ángeles. Sin embargo, nadie podría negar que ese desconocido y usted pasaron una noche juntos en un vagón de ferrocarril. Pero la única verdad es que la pasaron durmiendo... (*Se pone en pie, muy resuelto*) Que es lo usted y yo vamos a hacer ahora mismo...

MARTA.—(*Absorta*) ¿Cómo? ¿Pretende usted que durmamos?

FERNANDO.—Desde luego. Ya es muy tarde. ¡Ea! Le cedo la cama del balcón, que está mejor ventilada... Buenas noches.

(*Y, con toda decisión, marcha hacia la cama de la derecha, donde se sienta apaciblemente*)

MARTA.—¡Dios mío! ¿Será usted capaz de dormir?

FERNANDO.—¡Naturalmente! ¿Estamos o no estamos casados?

MARTA.—Pero, ¿cree usted que yo, yo, voy a pegar los ojos en esta situación?

FERNANDO.—¿Por qué no? Acuérdesse del tren.

MARTA.—¡Ah! No es lo mismo. Usted es distinto. Yo no puedo abandonarme. Yo tengo que vigilar toda la noche... No puedo confiar en usted.

FERNANDO.—¡Caramba! ¿Por qué?

MARTA.—Porque es usted quien es. Pero, sobre todo, porque es usted un hombre, sencillamente un hombre. ¿Me oye? ¡Un hombre! ¡Y bien sabemos las mujeres lo que es un hombre! ¿Qué pasará si se despierta usted dentro de dos horas? ¿Podrá usted dominar ese salvaje que llevan dentro todos los hombres?

(Fernando, que ya estaba tumbado, se incorpora y se queda sentado en cuclillas en la cama. Está muy interesado)

FERNANDO.—¿Cómo? ¿Dice usted que un salvaje?

MARTA.—¡Sí!

FERNANDO.—Huy, huy, huy...

MARTA.—¿Qué tiene usted que decir?

FERNANDO.—Que no, hija; que no. Que las cosas no son así...

MARTA.—*(Desconcertada)* ¡Ah! ¿No?

FERNANDO.—Claro que no. Es mucho más difícil. Pero, Señor, qué cosas se dicen por ahí... *(Sin cambiar de postura, se la queda mirando y sonríe)* ¡Je! ¡Marta! Tranquilícese. Aquí todo está a favor suyo. Mire usted alrededor y se convencerá... Estamos en Valladolid. Y estas viejas provincias españolas le infunden a uno un respeto. Todo eso que usted imagina puede ocurrir muy bien en Biarritz, en Estoril y hasta en El Escorial, que ya es muy internacional. Pero aquí, en un caserón que tiene más de cien años, que sé yo, que sé yo. *(Sonríe)* Y muchísimo menos junto a usted.

(Marta se vuelve y le mira. Muy bajo y muy sorprendida)

MARTA.—¡Ah! ¿Y puedo saber por qué?

FERNANDO.—¡Je! *(Tiernísimamente)* Es muy fácil ¡Marta! No hay más que dos clases de mujeres. La amante y la esposa. La amante es el demonio que incita, que le vuelve a uno loco. ¿Comprende? La otra, la esposa, es todo lo contrario. Es una mujer como usted...

MARTA.—¡Ah!

FERNANDO.—*(Con entusiasmo)* Al lado de usted no tiene uno más que buenos pensamientos. Cuando la miro, me invade una paz y un sosiego... *(Embalado)*

Vamos, en este momento, tengo la sensación de que llevamos diez años casados.

(Marta, que le escucha atentísima, en pie, en primer término, de espaldas a Fernando, se vuelve hacia el espejo y se contempla unos segundos. Y muy bajo)

MARTA.—¿Tanto?

FERNANDO.—Tanto. Y ya puede usted imaginar que después de diez años de matrimonio... ¿Entiende?

MARTA.—¡Claro! *(Un silencio)* Usted quiere decir que no soy peligrosa...

FERNANDO.—Eso, eso es.

MARTA.—Ya.

FERNANDO.—*(Muy fino)* Bueno. ¿Y ahora está usted contenta?

MARTA.—*(Muy seria)* Mucho.

FERNANDO.—¡Ea!

MARTA.—¡Je! *(Fernando, tan campante, aporrea sus almohadas. Marta, con la cabeza baja, cruza lentamente y se sienta en un sillón junto a la chimenea. Una pausa. Habla, muy pensativa, como para sí misma)* No, claro. Eso ya lo sabía yo. Nada de peligrosa. Pero nada, nada, nada. Las otras, sí. Ya se ve. No hay más que verlas por ahí. Más provocativas, y más descaradas, y más... Pero, yo, nada. *(Se pone en pie, con un suave sobresalto)* ¡Diez años de matrimonio! ¿Tanto? *(Avanza y se encuentra frente a frente con el espejo. Mientras, Fernando, distraído, hojea un libro que encontró sobre la mesilla. Marta, en el centro del escenario, se mira al espejo. Primero de frente, luego de perfil. Largamente. Se arregla el peinado casi involuntariamente. Parece que, de pronto, el espejo le hace una pregunta. Y como respuesta, ella se encoge de hombros)* Pues no sé... Lo que pasa es que los hombres se creen que lo saben todo. Pero qué va. *(Sonríe. Muy ruborosa, avanza, poco a poco, hasta la cama. Se sienta a los pies, en el mismo borde. Habla sin mirarle, jugando con los flecos de la colcha)* ¿Sabía usted esta mañana que desde hace mucho tiempo usted y yo estamos muy cerca el uno del otro? Pues no, no lo sabía. Y ya ve usted: solo teníamos entre los dos un tabique, que es lo más y lo menos que puede separar a un hombre y a una mujer. ¡Ah! Y conste que nos hemos visto más de una vez frente a frente. Lo que pasa es que usted es más distraído... *(Sonríe)* Una vez subimos juntos en el ascensor. Fue el 2 de octubre. Pero usted ni siquiera me miró. Otro día nos cruzamos en el portal. Era el 10 de noviembre. Y tampoco, tampoco se fijó usted en mí. Y eso que yo estrenaba un sombrero. Pero me pareció que usted tenía prisa.

Es natural... Los hombres. Después, una tarde de este invierno, coincidimos los dos en la parada del autobús de Rosales. Yo estaba la primera y usted muy cerquita de mí. Yo le miraba de reojo, a ver si se daba cuenta. Pero nada... Usted venga a leer el periódico. De pronto, llegó el autobús, y el cobrador dijo: ¡que suba uno! Entonces usted, claro, como es natural, subió y se marchó. Eso fue el 12 de enero. *(Con rubor)* Bueno. Pero no crea usted que llevo apuntadas las fechas. Lo que pasa es que tengo buena memoria. *(Sonríe)* Como estoy tan sola... Claro, que no vaya a tomarme por una de esas solteronas que viven rodeadas de gatos y de pajaritos. ¡Ay, no! En mi casa solo tengo una jaula. Una jaula muy grande, llena de sol, con un balcón frente a la Moncloa. Es el cuarto de los juguetes. Y en esa jaula tengo tres pájaros encerrados. Tres pájaros que gritan, y cantan, y saltan, y corren. Y, si no tengo cuidado, un día se me escaparán volando por el balcón. A veces se ríen y me preguntan: «Tía Marta, ¿por qué te pasas la vida asomada al patio, mirando a la ventana de enfrente?». Porque los niños de ahora saben más... *(Se calla. Suavemente)* ¿Ve usted, Fernando? ¿Ve usted cómo los hombres no saben nada, nada? *(Se calla otra vez. Está ruborizadísima. No se atreve a volver la cabeza)* ¿Me oye? ¿Me oye usted? *(Muy bajito)* ¿Por qué no dice algo? *(Se vuelve hacia él)* ¡Fernando! ¡Oh, Dios mío! Pero si se ha dormido... *(Irritadísima, le agita por un hombro. Pero el durmiente no reacciona)* ¡Oh! Es el colmo. ¡El colmo! *(Se separa de la cama. Regresa furiosa hasta el sillón, junto a la chimenea)* ¡Se ha dormido! ¡Grosero! ¡Egoísta! ¡Maleducado! *(No sabe qué hacer. Está nerviosísima. Maquinalmente, toma un vaso de leche de la mesita. Y entre sorbo y sorbo, con muchas lágrimas, sigue hablando)* ¡Dormirse ahora! Precisamente en este momento. Y todo porque no soy peligrosa. Grosero, grosero, grosero...

TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo decorado del acto primero.

(Al día siguiente del acto anterior. Por la mañana, Felisa, asomada a la ventana, dialoga amigablemente con alguien que no se ve)

FELISA.—¡Qué gloria de niños! ¡Qué ricos son! Da gusto verlos así, asomaditos a la ventana, como tres angelitos. *(Con alarma)* ¡Cuidado, Tanito, que si te empinas un poquito más te vas a caer al patio! ¡Ay, madre, para mí que este Tanito es el peor! Oye, Pachín: ¿qué te ha pasado en ese ojo? *(Escucha)* ¿Que te ha cogido el toro? ¡Válgame Dios! La dichosa fiesta nacional... Oye, Felipín, tú que eres el mayorcito, escucha. Cuando llegue la tía Marta, que va a llegar de un momento a otro, porque ya no pueden tardar, dile que Felisa quiere hablar con ella a escape. Oye, rico. Dile que estoy muerta de curiosidad. ¿Me has entendido? ¡Cuidado, Tanito! ¡Ay, Virgen, cuando yo digo que este niño es el peor...! *(Alguien introduce una llave en la cerradura de la puerta de entrada. Felisa se vuelve vivamente)* ¡Ay, Dios mío! Ya están aquí...

(Se abre la puerta, y aparece Fernando con su maleta, su gabardina, su sombrero)

FERNANDO.—¡Felisa!

FELISA.—¡Señorito!

FERNANDO.—*(Contentísimo)* ¡Felisa de mi alma! Dame un abrazo...

FELISA.—Sí, señorito. ¿Todo ha salido bien?

FERNANDO.—¡Todo!

FELISA.—¡Ay, qué alegría!

FERNANDO.—Marta me ha salvado. ¡Qué bien ha hecho su papel de señora casada! ¡Y qué cariño le han tomado todos! Esta mañana, cuando desperté, entré en el cuarto de mi tío y me encontré a Marta y a mi tío hablando como si se conocieran de toda la vida... El pobre viejo estaba entusiasmado.

FELISA.—*(Orgullosísima)* ¡No me extraña! Si es que esa señorita es un ángel. Si se gana a todos los que la conocen. Si ha nacido para casada. Hay que oírla, hay que oírla hablar de los niños...

FERNANDO.—*(Un suspiro)* Eso es verdad.

FELISA.—¿Se ha dado cuenta el señorito?

FERNANDO.—Naturalmente, mujer. Marta es una alhaja... (*Se sienta en un sillón. Con aire pensativo*) Lo que no comprendo es por qué se ha enfadado conmigo...

FELISA.—¿Cómo? ¿Que la señorita Marta se ha enfadado con el señorito?

FERNANDO.—Sí, sí...

FELISA.—(*Con inquietud*) A ver, a ver...

FERNANDO.—¡Toma! Con decirte que en el viaje de vuelta apenas me ha dirigido la palabra... Y me miraba de una manera.

FELISA.—(*Alarmadísima*) ¡Señorito! Dígame la verdad...

FERNANDO.—Pero, Felisa...

FELISA.—¡Dígamelo todo! Porque yo del señorito no me fío. ¿Qué ha pasado esta noche en Valladolid?

FERNANDO.—(*Dignamente*) ¡Alto! ¿Qué estás pensando? Yo soy un caballero...

FELISA.—¿De veras?

FERNANDO.—Un verdadero caballero. (*Muy superior*) Y, además, un hombre de experiencia. Y créeme, Felisa. Los hombres como yo sabemos muy bien cómo hay que tratar a las mujeres como Marta...

FELISA.—¿No me engaña usted?

FERNANDO.—Quita, mujer. ¿Qué habías creído?

FELISA.—Usted perdone. Pero como el señorito es como es, me habían entrado unas sospechas... Y como le he tomado tanto cariño a esa señorita... Porque la verdad es que, desde ayer, la quiero como a una hija.

FERNANDO.—Vamos, vamos. Puede estar tranquila, mujer. Ella misma te lo contará todo. (*Transición*) Mira, Felisa. Estoy muy fatigado después de tantas emociones. Necesito descansar. No estoy para nadie. ¿Comprendes?

FELISA.—Sí, señorito.

FERNANDO.—¡Ah! (*Sonríe*) Y gracias. Tú me trajiste a Marta.

(Entra Fernando en la alcoba y cierra la puerta tras de sí. Queda sola Felisa en actitud muy pensativa. Suena el timbre de la puerta de entrada. A Felisa se le ilumina el rostro de alegría)

FELISA.—¡Ay! Ya está. Ya está ahí... (*Corre al fondo y abre la puerta. En el umbral aparece Pepita, que asoma con mucha prudencia*) ¡Señorita! ¡Usted!

PEPITA.—Buenos días. Comprendo que le extrañe mi visita después de lo que pasó ayer. Pero no lo puedo remediar. ¡Si usted supiera! Esta noche no he dormido...

FELISA.—¡Pobrecita! ¿Estudiando?

PEPITA.—¡Huy! ¡Qué va! Eso se acabó. Me parece que voy a dejar la carrera...

FELISA.—¡No me diga!

PEPITA.—Como lo oye. Estoy más desesperada... Para mí que la moda de las intelectuales ha pasado. Ahora, los hombres se vuelven locos por las mujeres elementales y sencillas. ¡Si serán brutos! *(Después de pensarlo un poquito)* Me parece que me voy a dedicar al deporte...

FELISA.—¡Jesús! ¿Y a qué va usted a jugar?

PEPITA.—A cualquier cosa. Pero en traje de baño...

FELISA.—¡Ah, vamos!

PEPITA.—Es lo que me recomiendan todos mis amigos...

FELISA.—¡No me choca!

PEPITA.—Es natural. Como soy tan femenina... *(Timbre en la puerta del fondo. Pepita se revuelve, indignadísima)* ¡Oh! ¡Qué oportunidad!

FELISA.—Con permiso. *(Felisa abre la puerta. En el umbral aparece Aurora)* ¡Señorita! ¡Usted también!

PEPITA.—¡Qué frescura!

(Aurora entra lentamente, casi majestuosamente)

AURORA.—Hola.

PEPITA.—Hola.

(Una pausa. Aurora se sienta en un sillón y, tranquilamente, empieza a quitarse los guantes. Pepita está al otro lado, a la izquierda. Las dos se miran de reojo)

AURORA.—Se madruga, ¿eh?

PEPITA.—¡Pche! Pasaba por ahí...

AURORA.—Ya, ya. *(Un silencio)* Anoche estuvo usted en «El Molino».

PEPITA.—Por casualidad. Porque yo nunca salgo de noche. Pero un amigo de la familia se empeñó. ¿Comprende? Desde luego es un señor muy serio... Entrenador de fútbol.

FELISA.—¡Acabáramos! Ahora comprendo lo del deporte...

PEPITA.—¡Mujer! *(Con algún rubor)* Está usted en todo. *(Volviéndose a Aurora)* ¿Y cómo sabe usted que estuve en «El Molino»?

AURORA.—Porque se sentó usted en una mesa pegadita a la orquesta para que yo la viera...

PEPITA.—¡Qué mal pensada es usted! Pues para que se entere. Me rompí las manos aplaudiéndola. Porque es usted fantástica. *(Asqueadísima)* Parece usted una verdadera flamenca. Canta usted con un desgarró y una...

AURORA.—*(Sobre aviso)* ¡Cuidadito con lo que se dice!

PEPITA.—¡Ay! Por cierto. A mi amigo el entrenador no le gustó usted. Pero eso no tiene importancia. Ya se sabe que los hombres no entienden de mujeres.

(Aurora se pone en pie como movida por un resorte)

AURORA.—¡Oiga! ¿Quiere usted decir que yo no les gusto a los hombres?

(Pepita retrocede asustadísima y Felisa se interpone)

PEPITA.—Pero, Aurora...

FELISA.—¡Señorita!

AURORA.—¡Decirme eso a mí! ¡A Aurora Córdoba! ¡Huy!

FELISA.—¡Cuidado!

PEPITA.—Pero ¿usted ve? ¡Esta mujer es una fiera! *(Timbre en la puerta. En el acto se callan las tres)* ¡Y dale!

AURORA.—¡Maldita sea!

(Felisa abre la puerta. Y en el umbral aparece don Primitivo)

TODOS.—¡Oh!

PRIMITIVO.—Buenos días...

FELISA.—*(Indignada)* Oiga, oiga. Pero ¿es que se han creído ustedes que esta casa es un casino?

PRIMITIVO.—Buena mujer... Yo soy una víctima de la curiosidad. Es mi vicio. Por curiosidad me casé con Lola. Por curiosidad estuve aquí ayer para conocer a Fernando Carvajal. Y por curiosidad me encuentro aquí ahora. Esta mañana salí a dar un paseíto por el Retiro, como todas las mañanas. Bueno; pues como si no. Empecé a andar, y cuando me di cuenta entraba en el portal de esta casa, que está en Rosales...

FELISA.—¡Qué barbaridad!

PRIMITIVO.—Y créame, buena mujer. Si no me lo cuenta usted todo, me voy a volver loco. Porque ya no puedo más. Vamos. ¿Quiere usted decirme de una vez con quién ha ido Fernando a Valladolid?

(Aurora y Pepita, al oír las últimas palabras de don Primitivo, se transforman. Acuden prestamente junto a Felisa. Y los tres la rodean con ansiedad)

PEPITA.—¡Ay, sí! Dígalo ya...

FELISA.—¡Ah, vamos! De manera que era esto lo que les ha traído a ustedes tan tempranito... La curiosidad.

AURORA.—Sí, señora. No lo niego. Cuando salí ayer de aquí, yo estaba segura de que Fernando encontraría una mujer que le acompañara a Valladolid, porque conozco a este granuja y sé la suerte que tiene. Pero, mire usted, dándole vueltas a la cabeza y pensando en quién puede ser ella, le aseguro que no he dormido...

PEPITA.—¡Ni yo!

PRIMITIVO.—Lo creo... Lola tampoco ha pegado un ojo.

AURORA.—Vamos. ¡Hable usted de una vez!

PEPITA.—Diga, diga. ¿Quién es ella?

FELISA.—Pues verán ustedes...

(Una mano tímida golpea con los nudillos en la puerta de entrada. Todos, en silencio, giran los ojos hacia allí)

MARTA.—*(Dentro. Muy bajito)* ¡Felisa! ¿Está usted ahí?

(Una levísima pausa. Todos miran a Felisa)

FELISA.—¡Je!

PEPITA.—*(Bajito)* ¿Es ella?

FELISA.—Sí.

MARTA.—*(Dentro)* ¡Felisa! ¿Me oye?

PRIMITIVO.—*(Nerviosísimo)* ¡Que pase!

FELISA.—*(Recelosa)* ¿Ahora?

PRIMITIVO.—*(Muy enérgico)* ¡¡Que pase!! No aguanto más...

AURORA.—¡Abra!

FELISA.—Pero...

PEPITA.—¡Por Dios! ¡¡O abre usted o abro yo!!

FELISA.—¡Ave María! ¡Dios nos coja confesados!

(Felisa va a la puerta de la escalera y abre. En el rellano aparece Marta, que, al ver a Primitivo, a Aurora y a Pepita, tiene un instintivo movimiento de retroceso)

MARTA.—¡Ay! Creí que estaba usted sola. Volveré.

TODOS.—¡No!

MARTA.—*(Un poco sobrecogida)* ¡Ay!

PRIMITIVO.—¡Qué va usted a volver, criatura! Pero si la estábamos esperando...

MARTA.—(*Extrañadísima*) ¿A mí?

AURORA.—Claro, mujer. Pase, pase...

PEPITA.—Entre. No se quede ahí parada...

PRIMITIVO.—Vamos, vamos. Siéntese aquí. ¡Ajajá!

(*Entre Aurora, Primitivo y Pepita conducen a Marta hasta el sofá y la sientan. Ella les mira con un enorme asombro*)

MARTA.—Muchas gracias. Pero qué amables son ustedes...

PRIMITIVO.—Nada, nada. Lo que usted se merece...

MARTA.—¡Felisa! ¿Quiénes son estos señores?

FELISA.—Amigos de la casa. Ya se puede usted figurar...

MARTA.—¡Ah!

FELISA.—(*Muy satisfecha, muy maternal*) Esta, esta es la señorita Marta. ¿Qué? ¿Les gusta a ustedes?

(*Aurora, Pepita y don Primitivo examinan a Marta concienzudamente*)

AURORA.—(*Con ojo crítico*) Sus labores... ¿No es eso?

FELISA.—¡Naturalmente! La señorita ni canta, ni baila, ni es una intelectual. ¿Qué se habían creído? (*Con ternura*) La señorita es muy hacendosa. Sabe guisar, y coser, y planchar, y bordar...

AURORA.—Ya, ya. Y, de vez en cuando, escribe a la radio pidiendo un disco...

MARTA.—¡Ay, sí! «El Danubio azul».

AURORA.—¡Digo!

MARTA.—¿Cómo lo sabe?

AURORA.—Porque conozco a mi público. ¡Maldita sea! ¿O es que no sabe usted que soy la artista preferida de las señoras?

MARTA.—(*Con desconsuelo*) ¡Ay, Felisa! Me parece que no les he gustado...

(*Pepita se adelanta, muy afectuosa*)

PEPITA.—¿Quién dice eso? Lo que pasa es que esta Aurora tiene el genio muy vivo. Como es tan española la pobre... Pero todos nos alegramos mucho de conocerla. (*Sonríe*) Porque ya se figurará usted. Hace tiempo yo también hice un viaje con Fernando.

MARTA.—(*Interesadísima*) ¿Tan jovencita?

PEPITA.—(*Muy satisfecha*) Sí, sí.

MARTA.—¡Ay! ¿Adónde fueron ustedes?

PEPITA.—Muy cerca. Como soy hija de familia... (*Un suspiro*) Estuvimos una semana en El Escorial.

MARTA.—(*Con franca admiración*) ¡En El Escorial!

PEPITA.—¡Sí!

MARTA.—¡En El Escorial!... (*Irremediablemente*) ¿Y qué?... (*Asustada*) No, no. Por Dios. Cállese... (*Se calla. La mira fijamente. Luego baja los ojos y se ruboriza. Transición. A Aurora*) Oiga ¿Y usted también ha viajado con Fernando?

AURORA.—Le diré. Fuimos a Biarritz.

MARTA.—¡¡A Biarritz!!

AURORA.—Y para qué le voy a contar. Con decirle a usted que en Biarritz nos tomaban por franceses...

MARTA.—¡Jesús!

PRIMITIVO.—A Lola se la llevó a Estoril...

MARTA.—¿Quién es Lola?

PRIMITIVO.—(*Muy natural*) Mi mujer.

MARTA.—Pues por muchos años. (*Transición*) ¡Felisa! ¿He oído bien?

FELISA.—Sí, señorita. Es que este señor está aquí por delegación...

MARTA.—Ya... (*Se calla. Los mira a todos de uno en uno. Con un infinito respeto*) De manera que a Biarritz, a Estoril y a El Escorial. Es fantástico. Hay que ver. ¡Qué peligrosas deben ser ustedes!

PEPITA.—(*Muy halagada*) ¿Quiere usted callarse?

(Primitivo, que ya no puede más, se sienta muy decidido al lado de Marta. Esta queda entre Pepita y Primitivo. Felisa está detrás del sofá. Y Aurora sola, a la izquierda)

PRIMITIVO.—Bueno. Como usted habrá podido apreciar, señorita, estamos enterados de todo. Sabemos que ha pasado usted la noche en Valladolid en calidad de señora de Carvajal. Y, la verdad, tenemos una curiosidad por conocer sus impresiones personales...

MARTA.—(*Con bastante apuro*) ¿Es la costumbre?

PEPITA.—¡Claro! Entre nosotras...

MARTA.—¡Ay, Dios mío!

PEPITA.—¡Pobrecita! Es una infeliz. Ahora que la conozco me doy cuenta de que ha debido ser una noche divertidísima...

MARTA.—(*Amoscada*) ¡Ah! ¿Sí?

PEPITA.—¡Digo! Una mujer como usted, porque usted es de las que no engañan, en semejante enredo. ¡Pobrecita!

MARTA.—¡Je! Bueno, tanto como pobrecita...

PEPITA.—Cuenta, cuenta...

MARTA.—Pues figúrense ustedes. *(Con una irreprimible presunción)* Como nos creían casados, nos habían preparado una habitación para los dos...

PEPITA.—*(Divertidísima)* ¡Ah! ¿Sí? ¡Es estupendo!

PRIMITIVO.—¡Je! Vaya, vaya...

AURORA.—¡No me diga!

PEPITA.—¿Y qué pasó?

AURORA.—Como si lo viera. ¡Se pusieron a jugar a las cartas!

MARTA.—¡Ay! *(Muy picada)* ¿Por qué ha dicho eso?

PEPITA.—Mujer... Porque a la vista está.

MARTA.—¿Qué quiere usted decir?

PEPITA.—La verdad... Que no es usted peligrosa.

MARTA.—¡Ah! ¿No? Conque yo no soy peligrosa. *(Picadísima)* Pero qué presumida y qué descarada es esta chica... Vamos, hombre. No parece sino que es ella la única peligrosa. Pues para que se entere. Está usted equivocadísima...

TODOS.—¿Cómo?

MARTA.—¡Ea! Ya está... Ya está dicho.

TODOS.—¡Oh!

FELISA.—¡Señorita!! *(Horrorizada)* ¿Qué ha dicho usted?

(Marta se queda cortadísima. Los mira a todos y se echa a llorar)

MARTA.—No sé. No sé lo que he dicho. No me mire usted así, Felisa, que me muero de vergüenza. ¡Ay, Dios mío! Yo me voy a volver loca. *(Rabiosísima)* Pero ¿por qué se empeñan todos en que yo no soy peligrosa?

(Y corriendo, llorando, con muchísimo coraje, abre la puerta de la escalera y desaparece. Un silencio. Todos se miran boquiabiertos)

AURORA.—¡Mi madre!

PEPITA.—¡Qué chasco!

FELISA.—Un momento. *(Angustiadísima)* ¿He oído o no he oído bien?

PRIMITIVO.—¡Señora! Yo creo que ha oído usted perfectamente...

FELISA.—¡Ayyy!... ¡Ay, Dios Todopoderoso! ¡Ay, María Santísima! *(Con horror)* ¿Qué he hecho yo?

AURORA.—¿Usted?

FELISA.—¡Claro! Porque la culpa de todo la tengo yo. Como ayer ninguna de ustedes quiso acompañar al señorito a Valladolid, a mí se me ocurrió llamar a esta señorita, que vive en el piso de al lado, para que le sacara del apuro. ¿Y saben ustedes por qué lo hice? Para que la pobre se diera a conocer. Porque la infeliz está loca por el señorito...

(Aurora y Pepita reaccionan muy conmovidas)

AURORA.—¿Es eso cierto?

PEPITA.—¿Está enamorada de Fernando?

FELISA.—¡¡Sí!! Lo está. Y por eso ha caído la pobre. Porque le quiere y no ha sabido resistir...

AURORA.—Pero eso es el colmo. (*Indignadísima*) ¡Infame!

PEPITA.—¡Canalla! Jugar así con esta pobrecita...

PRIMITIVO.—(*Con las manos en la cabeza*) ¡Qué bárbaro! Este hombre no respeta nada...

FELISA.—¡Mal hombre! ¡Seducor!! Abusar de una criatura que no tiene más que tres sobrinitos para defenderla. ¡Ah! (*Soberanamente*) Pues si se ha creído que la señorita está sola en el mundo y no tiene a nadie que mire por su honra, se equivoca. Porque aquí estoy yo, Felisa Fernández, que, para el caso, soy como su madre. ¡Y su honra es la mía! Y de Felisa Fernández no se ha reído nadie. Conque va a ver lo que es bueno. ¡Como me llamo Felisa Fernández!

AURORA.—(*En un arranque*) ¡Cuenta usted conmigo!

FELISA.—¡Señorita!

AURORA.—Porque una será lo que sea... ¡Maldita sea! Pero cuando veo penas, y más si son de una mujer enamorada, el corazón me pega un brinco y se me alborota el genio, y soy capaz de todo. Y esta vez no. Esta vez ese granuja no se va a reír de esa infeliz como se ha reído de otras muchas, porque aquí estoy yo para defenderla y para velar por ella...

PEPITA.—¡Y yo!

PRIMITIVO.—Y yo, y yo. Esto pasa de la raya. Debemos exigir a Fernando una reparación...

AURORA.—De eso se trata. ¿Preparados?

TODOS.—¡Sí!

AURORA.—(*En jarras*) Pues ya puede usted llamarle...

FELISA.—¡Ahora mismo! (*Llena de coraje, va a la puerta de la alcoba y llama*) ¡Salga usted ahora mismo! ¿O es que no le dice nada la conciencia?

AURORA.—¡Bien dicho!

PEPITA.—¡Sí!

(Se abre la puerta de la alcoba y aparece el rostro somnoliento de Fernando. Muy enfadado)

FERNANDO.—¡Felisa! ¿Qué voces son esas? ¿Te has vuelto loca?

FELISA.—Conque loca, ¿eh? ¡Sinvergüenza!

FERNANDO.—*(Un respingo)* ¡Felisa! *(Se vuelve a los demás, estupefacto)* ¿Qué le pasa?

AURORA.—¡Farsante!

PEPITA.—¡Monstruo!

FERNANDO.—*(Helado)* ¿Cómo?

PEPITA.—*(Nerviosísima)* Monstruo, más que monstruo...

FERNANDO.—¡Caray! Primitivo, ¿quiere usted explicarme?

PRIMITIVO.—¡No! *(Con mucha dignidad)* Hoy no cuente usted conmigo. ¿No le da a usted vergüenza su hazaña? ¿Qué dirá Lola cuando se entere?

FERNANDO.—¡Basta! ¿Qué significa esta actitud? ¿Qué hacen ustedes en mi casa? ¿De qué me están hablando?

FELISA.—¿Han oído? ¡Y todavía pide explicaciones!

AURORA.—¡Qué descaró!

PEPITA.—Es un cínico... Un cínico.

FERNANDO.—*(Desesperado)* ¡Cállate, Pepita!

FELISA.—Conque se había usted portado como un caballero con la señorita Marta, ¿eh? ¿Por qué no me dijo la verdad? ¿Por qué no me dijo que se había usted aprovechado de las circunstancias?

(Fernando se vuelve con un escalofrío. Un grito)

FERNANDO.—¡¡No!! Eso, no. Es falso...

TODOS.—*(Indignados)* ¡Oh!

FELISA.—Pero ¿es que pretende usted que le creamos a usted más que a ella?

FERNANDO.—¿Cómo? *(Demudado)* ¿Es que ella lo ha dicho?

TODOS.—¡¡Sí!!

FELISA.—¡Claro! ¿O es que, además, quiere usted que la pobre se calle su desgracia?

(Fernando está boquiabierto, a punto de enloquecer)

FERNANDO.—¡No! ¡No! ¡No! No es posible. ¿Cómo puede decirlo? Si no es verdad. Si no pasó nada. ¡Si me quedé dormido!

TODOS.—¡Oh!

PRIMITIVO.—¡Hombre! (*Muy sagaz*) ¿Quién se va a creer eso?

FERNANDO.—¡Le digo a usted que me dormí! (*Nerviosísimo*) Me dormí, me dormí, me dormí... Lo juro.

AURORA.—Conque lo juras...

FERNANDO.—¡Sí!

AURORA.—Y pretendes que yo, yo, Aurora Córdoba, crea en tus juramentos. (*Furiosa*) Pero ¿cuántas veces me has jurado que nos queríamos toda la vida?

PEPITA.—Eso, eso. ¿Y a mí? ¿Cuántas veces me juraste que hablarías con papá para casarnos, a pesar de todo? Anda, anda. ¡Dilo!

PRIMITIVO.—¡Je! Pues si Lola hablara...

FERNANDO.—Todo eso es cierto. Pero esta vez digo la verdad. (*Casi con angustia*) Me quedé dormido, me quedé dormido, me quedé dormido...

FELISA.—(*Soberana*) ¡¡A callar!!

FERNANDO.—¡Oh! Esto es increíble. Yo estoy soñando...

AURORA.—¡Sí! ¿Eh? Pues despierta. Porque esta vez no te escapas. Estoy decidida a que antes de un mes te cases con la vecina...

(*Los demás, entusiasmados, casi aplauden*)

TODOS.—¡Sí!

FELISA.—¡Eso! ¡Eso!

PEPITA.—¡Bravo! ¡Bravísimo!

PRIMITIVO.—¡Qué corazón tiene esta mujer! Es emocionante...

(*Fernando, ya sin fuerzas, se deja caer en un sillón*)

FERNANDO.—¡No! Eso, no. Casarme, no. Me quedé dormido, me quedé dormido, me quedé dormido...

AURORA.—¡Te casarás! Te lo digo yo, Aurora Córdoba. Y ya sabes lo que ocurre cuando yo digo algo...

PEPITA.—Vaya si te casarás. Porque, si te niegas, iré a Valladolid y le diré a tu tío Federico que le has estado engañando...

FERNANDO.—(*En pie*) ¡¡No!! Eso, no. Por piedad.

TODOS.—¡Sí, sí! (*Aurora, Felisa y Primitivo, entusiasmados, rodean a Pepita y la felicitan efusivamente*) ¡Bravo!

AURORA.—¡Ay, qué buena idea!

FELISA.—¡Diga usted que sí!

PRIMITIVO.—¡Qué lista es!

PEPITA.—(*Muy ufana*) ¿Les gusta? Como soy tan intelectual, a veces se me ocurren cosas así...

AURORA.—¿Sabe usted que ahora sí que me ha sido simpática?

PEPITA.—¿De veras, Aurora? ¡Qué alegría! Pero si yo la quiero a usted mucho. ¿Me da usted un beso?

AURORA.—¡Huy! Todos los que usted quiera. (*Se besan entrañablemente. Fernando, ya olvidado de todos, está hundido en el sillón de la izquierda en un atroz ensimismamiento*) Bueno. Esto se acabó. Ya no tenemos nada que hacer aquí. (*A Felisa*) Puede usted decirle a la señorita que se ha salvado el honor...

FELISA.—¡Sí, señorita! (*Contentísima*) ¡Ahora mismo!

(*Felisa sale por la puerta de la escalera, que, en su apresuramiento, deja abierta*)

AURORA.—¡Ay! Lo que descansa una cuando hace justicia.

PEPITA.—¡Y que lo diga, Aurora!

AURORA.—¿Va usted para el centro?

PEPITA.—Voy a donde usted quiera. ¿Me permite usted que la acompañe?

AURORA.—Pero, hija. Si lo estoy deseando...

PEPITA.—¡Ay, Aurora! ¡Qué simpática es usted! (*Se cogen del brazo. Y marchan entrañablemente unidas hacia la escalera*) Por cierto, voy a hacerle una confesión. No es cierto que a mi amigo el entrenador no le gustara usted anoche. Lo que pasa es que, como soy tan celosa...

AURORA.—Ya, ya. ¿Qué va usted a decirme? Travesuras...

(*Desaparecen las dos por la escalera. Quedan en escena Fernando y Primitivo*)

FERNANDO.—¡Primitivo! Escúcheme, por Dios. Usted es un hombre y me comprenderá. Si me oye. ¡Le juro a usted que me quedé dormido!

PRIMITIVO.—(*Severísimo*) ¡Alto!

FERNANDO.—¡Oh!

PRIMITIVO.—Si intenta usted tomarme el pelo, se equivoca.

FERNANDO.—(*Desesperado*) ¡Qué horror!

PRIMITIVO.—Pues no faltaría más. Vamos, hombre, vamos... (*Y, muy digno, empieza a pasear. Luego se detiene y se queda mirando fijamente a Fernando*) ¡Fernando!

FERNANDO.—¿Qué?

PRIMITIVO.—Lola tiene razón... Ante todo, la moral.

FERNANDO.—¡Oh!

PRIMITIVO.—¿Le extraña a usted que mis ideas hayan cambiado tanto en veinticuatro horas? Pues suya es la culpa, amigo mío. Porque una cosa es la aventura, la alegre aventura, y otra, muy distinta, es ese desenfreno que todo lo atropella. ¡Buenos días!

FERNANDO.—¿Se marcha usted?

PRIMITIVO.—Sí. Pero volveré, volveré. (*Ya en la puerta, con la mano en el picaporte, lanza una mirada llena de nostalgia*) Porque en esta casa se entera uno de tantas cosas...

(Sale. Queda solo Fernando. Está inmóvil, como inconsciente. De pronto se pone en pie. Algo le brilla en los ojos. Es una furia incontenible. Mira en derredor y grita)

FERNANDO.—¿Dónde está? (*Cruza la escena rápidamente y abre la ventana de par en par, y grita furioso, dirigiéndose al patio*) ¿Dónde está? ¿Dónde...? ¡¡Marta!!

(Por la puerta abierta de la escalera asoma el rostro temeroso de Marta)

MARTA.—¿Me llamaba?

FERNANDO.—(*Conteniéndose*) ¡Oh! Estaba usted ahí...

MARTA.—(*Asustadísima*) ¡Ay, Señor!

FERNANDO.—Entre, entre. Venga usted aquí. (*Marta cierra la puerta y avanza con muchísimas precauciones*) ¿Qué ha hecho usted?

MARTA.—¿Yo?

FERNANDO.—¡¡Sí!! ¡Usted! Y no ponga esa cara de inocente, porque me vuelvo loco...

MARTA.—¡Fernando!

FERNANDO.—¿Qué ha hecho usted conmigo? ¡Conteste!

MARTA.—Pero si yo no he hecho nada...

FERNANDO.—¿Cómo que no ha hecho nada? ¡Me ha calumniado usted! Ha dado usted una versión falsa de nuestra noche de Valladolid. Porque usted sabe la

verdad. ¿Quién mejor que usted? ¡Usted sabe perfectamente que me quedé dormido!

MARTA.—(*Furiosísima*) ¡No me lo recuerde!

FERNANDO.—(*Sorprendido*) ¡Marta!

MARTA.—(*Casi llorando de coraje*) ¡Grosero! Claro que se quedó dormido. (*Un sollozo involuntario*) Hasta las diez de la mañana de un tirón. ¿Y por qué se durmió? Porque yo no soy peligrosa. Porque parecía que llevábamos diez años de matrimonio. Porque yo no le inspiro más que buenos pensamientos... (*Furiosa*) Mal educado.

FERNANDO.—(*Estupefacto*) ¡Marta!

MARTA.—Vamos, hombre. ¿Y todavía me pregunta que qué he hecho? Pues defender mi amor propio. Y vengarme, para que se entere usted de una vez...

FERNANDO.—¡¡Marta!!

MARTA.—¿O es que cree usted que se puede tratar así a una mujer?

FERNANDO.—¿Qué dice? (*Dignísimo*) Me porté como un caballero...

MARTA.—¡Ay, qué gracioso!

FERNANDO.—Yo sabía qué clase de mujer era usted. La traté con todo respeto...

MARTA.—¡Y dale! Pero ¿usted cree que las mujeres queremos que nos respeten? Lo que nosotras queremos es hacernos respetar, que no es lo mismo. ¿Y cómo puede una hacerse respetar si no le pierden el respeto?

FERNANDO.—(*Atónito*) ¿Qué quiere usted decir?

MARTA.—Es muy sencillo. (*Se calla de pronto. Le mira y luego baja la cabeza*) Cuando anoche nos quedamos solos en aquella habitación, cuando la criada cerró la puerta con llave...

FERNANDO.—¿Qué?

MARTA.—(*Muy bajo*) Usted debió propasarse un poquito.

FERNANDO.—¿De verdad?

MARTA.—Sí...

FERNANDO.—¿Y usted qué hubiera hecho?

MARTA.—Hombre, no se haga usted ilusiones. (*Muy natural*) Yo le hubiera dado una bofetada.

FERNANDO.—¡Oh! Es para volverse loco...

MARTA.—(*Encantada*) Muchas bofetadas. Muchísimas bofetadas. Le hubiera arañado. Le hubiera arrancado un poquito de pelo. Hubiera empezado a dar gritos. ¡Socorro! ¡Socorro! Hubieran acudido los criados. Un escándalo, un verdadero escándalo. (*Transición*) ¿Se entera usted? Pero lo menos que puede hacer un hombre en homenaje a una mujer es provocar un escándalo... ¡Todo menos quedarse dormido!

(Fernando, estupefacto, se deja caer otra vez en el sillón)

FERNANDO.—¿Era eso?

MARTA.—Sí...

FERNANDO.—¡Qué horror! De manera que la única vez en mi vida que he respetado a una mujer resulta que me he equivocado...

MARTA.—Es natural. El mayor error de los hombres consiste en creer que las mujeres decentes no son mujeres...

(Fernando alza los ojos y la mira sin salir de su asombro)

FERNANDO.—Pero ¿no cree usted que ha ido demasiado lejos con su venganza? A estas horas hay varias personas que suponen lo que no ha pasado...

MARTA.—¡Huy! *(Con innegable satisfacción)* Muchísimas más de las que usted cree...

FERNANDO.—*(Horrorizado)* ¡Ah! ¿Sí?

MARTA.—Le diré. En este momento, Felisa se lo está contando todo al portero...

FERNANDO.—*(Con un escalofrío)* ¡¡No!!

MARTA.—Sí, sí. Me pidió permiso y yo no supe decirle que no. Como sé lo que disfruta el portero con estas cosas...

FERNANDO.—Es horrible.

MARTA.—Ahora, el portero se lo dirá a todas las cocineras. Y dentro de dos horas lo sabrá toda la vecindad. Esta vez se van a enterar hasta los ingleses del quinto, que son los más despistados. Y ya verá usted, ya verá. Como es usted tan conocido, en seguida se correrá por todo Madrid. *(Satisfechísima)* Estas noticias parece que vuelan.

FERNANDO.—¡Yo lo desmentiré! ¡Diré toda la verdad!

MARTA.—Pobrecito, no le creerá nadie. Ha hecho usted muchas fechorías con las mujeres y está usted muy desacreditado. A mí, en cambio, me creerá todo el mundo. Como soy la víctima...

FERNANDO.—¿Será usted capaz de llevar adelante esta enorme mentira?

MARTA.—*(Con rabia)* ¡Sí!

FERNANDO.—¡Oh!

MARTA.—¡Todo antes de que sepan que se quedó usted dormido!

(Un silencio. Fernando le mira todavía incrédulo)

FERNANDO.—¡Marta! ¿No le da a usted miedo este juego con su propio honor?

MARTA.—¿Mi honor? Pero, hombre, ¿no ha oído usted decir que el honor es cosa

de Dios? Él sabe la verdad. Y la sabemos usted y yo. Lo demás no importa nada...

FERNANDO.—(*Irritado*) Pero ¿y yo?

MARTA.—¿Usted?

FERNANDO.—¡Sí! ¿En qué lugar me deja usted a mí? Todo el mundo creará que me he conducido como un malvado con usted. Usted será la víctima, la heroína, la pobre mujer. Yo seré un miserable, un canalla.

MARTA.—¡Ah! Eso, sí. (*Un suspiro*) ¡Pobrecito!

FERNANDO.—¡No lo puedo remediar! Tengo la sensación de que he caído en una trampa. ¿Sabe que quieren obligarme a casarme con usted?

MARTA.—Era de esperar. En estos casos...

FERNANDO.—Hasta me han amenazado con contárselo todo a mi tío Federico...

MARTA.—¡Huy! Pero si el tío Federico sabe toda la verdad...

FERNANDO.—(*Con terror*) ¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted?

MARTA.—Lo que oye. Esta mañana entré en su cuarto y, cuando le vi tan viejo, tan viejo, no tuve valor para engañarle; me eché a llorar y se lo conté todo... Es un viejecito maravilloso. ¡Y más bueno! Me ha tomado un cariño...

FERNANDO.—¡Santo Dios! Entonces, a estas horas ya me habrá desheredado...

MARTA.—No. Eso, no. Porque yo le di palabra de que nos casaríamos...

FERNANDO.—(*Estupefacto*) ¿De veras?

MARTA.—¡Claro! De usted ya no se fía. Pero de mí, sí...

FERNANDO.—Entonces, de todos modos, tengo que casarme con usted...

(*Un silencio. Ella, desde lejos, le mira y sonríe*)

MARTA.—Le parece a usted una idea descabellada. ¿No es verdad?

FERNANDO.—¿Qué voy a decirle? Piense por usted misma. ¿Podría casarse con un desconocido?

MARTA.—¡Un desconocido! ¡Dios mío! Si supiera usted lo que sabe una pobre mujer que se pasa la vida asomada a la ventana. ¡Pero qué tontos son los hombres! ¡Qué tontos! Anoche y ahora, y siempre, siempre... No saben nada. No entienden nada.

(*Está casi llorando. Fernando vuelve la cabeza hacia ella como si despertara*)

FERNANDO.—¡Marta! ¿Será posible?

MARTA.—Déjeme...

FERNANDO.—¿Cómo no me he dado cuenta? ¡Hable!

MARTA.—¡No quiero! Anoche se lo dije todo. Como una tonta, como un pobre tonta. Y cuando volví la cabeza, resultó que estaba usted dormido... *(Comiéndose las lágrimas)* ¡Porque yo no soy peligrosa!

(Fernando, risueño, divertido, transformado, con la sonrisa en los labios, avanza hacia ella)

FERNANDO.—¡Marta! ¡Pobre Marta!

MARTA.—¡No se acerque! *(Huye. Llega hasta la ventana y queda apoyada de espaldas al patio, con los codos sobre el alféizar)* Ahora no es necesario. No estamos solos. Mire.

(Fernando, que ha llegado junto a ella, mira hacia el patio)

FERNANDO.—¡Los niños!

MARTA.—Sí... Felipín, Tanito y Pachín. Los pobrecitos no se quieren perder un detalle.

FERNANDO.—¡Están aplaudiendo!

MARTA.—Sí... Es a mí. Son muy listos. Y ya se han dado cuenta de que la tía Marta va a salirse con la suya...

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE